



LA SIBILA

DE COLOBONA

JESÚS MAESO DE LA TORRE

se

Lectulandia

Colobona, la Trebujena tartésica, es la culminación de un destino iniciado en Tiro, al otro extremo del Mediterráneo. Berenice, joven fenicia de noble cuna, es vendida como esclava víctima de una conspiración. La flor de loto tatuada en su piel, símbolo de Astarté, será el sagrado talismán que la proteja y guíe sus pasos hasta convertirse en sacerdotisa-advina de la diosa: la sibila de Colobona. Jesús Maeso nos lleva de nuevo con este libro a la época cargada de connotaciones míticas de Argantonio, príncipe de los Diez Pueblos, rey de Tartessos.

Lectulandia

Jesús Maeso de la Torre

La sibila de Colobona

Una historia en el Tartessos de Argantonio

ePub r1.0

Titivillus 15.09.18

Título original: *La sibila de Colobona*
Jesús Maeso de la Torre, 2012
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedico este relato al pueblo de Trebujena, —la Colobona de la antigüedad—, por el afecto que siempre nos han regalado a mi mujer Pepa, trebujenera de adopción, y a mí mismo.

Y al grupo de amigos más cercanos por su generosa estima y por hacerme sentir como uno de ellos.

Colobona es una plaza fortificada (hoy identificada con Trebujena) cuyo nombre deriva del griego Kolobón, que proviene a su vez de un nombre tartesio anterior, Conobaria.

PLINIO, historiador romano

Se comerciaba con el trigo, el vino, el aceite, el pescado, el *garum* y otros productos, bien de esta tierra o bien de los próximos poblamientos tartesios de Hasta, Évora, Colobona o Nabrisa.

NARCISO CLIMENT, historiador

Schulten, el arqueólogo alemán, crea la teoría de que una colonización griega arcaica de origen cario, en Asia Menor, fundan ciudades como Carissa, Colobona y Nabrisa en el epicentro de Tartessos.

ANTONIO CARO BELLIDO, historiador

TIRO

Decir Tiro es nombrar en Fenicia el Jardín de Dios, con sus vergeles verdemar y palmerales, y un diluvio de luminosidad que estalla en los miradores, los palacios y las mansiones.

Tartessos

Berenice era tenida en Tiro como una princesa de la vieja estirpe. Era la hija predilecta del mercader Aaronit de Akkar, un ministro de ascendencia real y hombre de confianza de los reyes de Tiro, que ostentaba la relevante función de *wakil tamkari*, oficial para los negocios mercantiles del emporio marítimo fenicio.

Aaronit gobernaba el comercio del puerto y la red productiva de la ciudad, y de su mano partían los fondos para los comerciantes tirios que surcaban el mar Interior. Ella amaba a su padre, hombre de carácter dominante y talentoso, melena leonada y barba rizada al estilo persa, que era tan poderoso, como despiadado con sus enemigos.

Se había casado con Casandra, una griega de Siracusa, pariente de Gelón, el tirano de la ciudad, de cuya unión había nacido la dulce Berenice. Mujer de gustos exquisitos, había colmado la infancia de su única hija de mimos y atenciones, convirtiéndola en la época más feliz de su vida.

Casandra pertenecía a una antigua raza de mujeres enigmáticas e impetuosas que se habían dedicado a la adivinación en el oráculo del templo de Afrodita, donde eran consideradas como sacerdotisas sabias e intocables de la Madre Tierra. Poseía un corazón sentimental y se sentía orgullosa de propiciar el contacto con los dioses en beneficio de sus semejantes.

Pero Casandra no era feliz en Tiro. Su esposo la olvidaba con demasiada asiduidad, frecuentando el lecho de sus concubinas y planeando bacanales que terminaban en escandalosas orgías de las que se hacía eco toda la ciudad. Comenzó a languidecer cuando Berenice cumplió los once años. La griega perdió su proverbial belleza y los físicos de Tiro no atinaban con el extraño mal que padecía.

Sin embargo, ella sabía que estaba siendo envenenada, pero ignoraba cómo y por quién.

Se lo comunicó secretamente a su marido que no le concedió el menor crédito, e incluso la ridiculizó delante de los criados. Yacía en el lecho con la cara demacrada y el cuerpo lánguido, y los médicos lo achacaban a los largos y húmedos veranos de Tiro. Duró sólo seis meses y expiró arrojando espumarajos por la boca, síntoma inequívoco de que había estado ingiriendo pequeñas cantidades de algún veneno letal. ¿Pero quién había sido la mano homicida?

Berenice se quedó consternada y pensó que mientras más atroz es el daño, más íntimo es el dolor que se siente en el corazón.

Le costaba creer que ya no vería más a su delicada madre, e intuía con rabia quién había sido la causante de su muerte: Nefer la egipcia, la concubina favorita de su padre. Sin embargo, conociendo el carácter de su progenitor, ¿cómo iba a atreverse a señalarla con el dedo acusador sin tener ninguna prueba?

La familia cubrió el fallecimiento de Casandra con un velo de misterios y jamás se investigó su partida a la otra vida, achacada a su habitual mala salud. Berenice se sentía sobrepasada por aquella pérdida desmedida, cuya alquimia sólo conocen los que han estado cerca de la muerte de un ser cercano y querido. Pensó incluso en quitarse la vida antes de soportar a la pérfida Nefer, que parecía leer sus pensamientos de inculpación.

La egipcia le sonreía hipócritamente en presencia del padre, y la consolaba con indulgentes promesas que luego olvidaba. Así que su pasajera tristeza no obedecía sino a una lastimosa melancolía por carencia de afectos.

A veces lloraba con lágrimas inconsolables y pasaba días enteros encerrada en su alcoba sin querer ver a nadie. Era su manera de protestar contra el entramado de maldad en el que se movía Nefer. ¿Podría restañar en poco tiempo una herida de las que duran toda una vida?

La niña lanzaba al aire suspiros de un dolor que se había colado en sus entrañas. Se notaba como una sombra de sí misma y los lamentos ahogados de pena se quebraban en sus labios como hojas secas. Para ella el mundo sin su madre se había convertido en un lugar incompleto e imperfecto.

Berenice comprobó muy pronto que Nefer, la excéntrica egipcia de pasado oscuro y lengua despiadada, se había hecho con las riendas de la casa y que tenía embebido a su padre con sus malas artes. Nefer, que no había deseado otra cosa que ocupar el puesto de su madre y rival, fingía pesar por su muerte, cuando había colmado de sinsabores la existencia de Casandra, a la que había despreciado y martirizado en vida.

Berenice la odiaba, aunque también la temía y se cuidaba de ella protegiéndose con un relicario que contenía unos cabellos de su madre y, cómo no, con la señal de la diosa, una «flor de loto» que tenía tatuada en su hombro, el símbolo universal de la inmortalidad y de la diosa Astarté.

Era el tatuaje que le había grabado su madre siendo muy niña, al saber que había heredado el mismo talento que sus antepasadas: predecir hechos futuros, leer en las

mentes ajenas, interpretar los sueños y dialogar con los dioses.

Esa era la gran responsabilidad conferida por su madre y sus antepasadas femeninas.

Pronto se propagó por Tiro su capacidad de adivinar, y las sacerdotisas del templo de Astarté Marina la invitaban a sus oraciones, ceremonias y ritos sagrados, con el consiguiente furor de Nefer.

Esas facultades misteriosas y temibles despertaron el recelo de la concubina, que maquinó la forma de deshacerse de ella a espaldas de su padre, que en el trato con Berenice siempre se había comportado de forma mansa y cariñosa, aunque en los últimos meses había percibido un cambio brusco, pues ya no la acariciaba como antes.

Nefer no podía asesinarla como había hecho con su madre, empleando pequeñas cantidades de agálico indio y acónito de Menfis que le vertía en los siropes de nébeda, adormidera y opio para sus dolores, a los que tan aficionada era Casandra y que le preparaba una esclava de confianza a la que la concubina había amenazado con la muerte.

La egipcia temía la ira de su diosa protectora Tanit Astarté, por lo que su mente perversa ideó una forma más cruel e inhumana de desembarazarse de la niña. Pero calló y comenzó a rumiar en secreto su perverso plan, que llevaría a cabo con alevosa premeditación cuando la ocasión fuera propicia.

Berenice fue notando un silencio conspirativo a su alrededor, como si fuera una criatura maldita en su propia casa. Siempre la impiedad de Nefer, la soberbia de Nefer, el desprecio de Nefer. Esa era su vida, y notó como si los espejos de su inocencia se hubieran torcido para siempre.

Desde que su madre muriera la existencia había cobrado para ella otra dimensión, la de la desesperanza. Había cruzado un misterioso umbral y entrado en una de las zonas más oscuras de su existencia, perseguida por sus propios demonios.

Su mente comenzó a seleccionar los recuerdos más felices vividos junto a su madre, esos momentos inolvidables que significaban para ella la quietud de su espíritu devastado. Pero esa mujer excepcional y prodigiosa, Casandra, no la había dejado vulnerable ante el mundo, le había legado un rastro inmaterial en su paso por la vida que no tenía precio: predecir el futuro.

Y esa presencia inmaterial, etérea e inalcanzable heredada de Casandra, permanecía inalterable en el corazón de Berenice.

Cuando cumplió los catorce años, se hicieron más virulentos los malos modos de su madrastra Nefer, convertida hacía pocos meses en primera esposa de su padre y en dueña indiscutible del gineceo de Aaronit y de los asuntos de su casa. Su vida se convirtió entonces en un tiempo de miedos callados en los que le podía ocurrir alguna desgracia impensada, como a su afable madre.

Y para olvidar los malos tratos de la egipcia, se subía a la azotea con su esclava, Lais, una siria de piel mate y ojos negrísimos, que se convirtió en su hermana menor,

su paño de lágrimas y su confidente, y a quien protegía como si fuera una madre. Con ella se perdía en la pureza cristalina del paisaje de Tiro, en su mar cálido, en las velas de los barcos y en el vuelo de las gaviotas.

Berenice amaba la ciudad donde había nacido y para ella pronunciar el nombre de Tiro era nombrar el edén. La gran metrópoli fenicia se le asemejaba a una crátera de oro flotando en medio de un mar sumiso y azul. Desde la torre mirador avistaba la hermosa ciudadela, las azoteas blancas, el palacio de los reyes y los palmerales que se balanceaban por encima de los tejados de las mansiones de los mercaderes.

Sosegaba su ánimo contemplando en silencio los dos puertos tallados en la roca y el canal atestado de embarcaciones libias, gaditanas, cartaginesas, etruscas y griegas, que adivinaba por el color de sus velas y banderolas.

Frente a la isla de Tiro divisaba el poblado de cañas de Ushu, lamido por los rayos del crepúsculo, que tantas veces frecuentara cogida de la mano de su inolvidable madre. Luego ponía sus ojos en los mosaicos polícromos de la Puerta de Tanit, un fortín de más de cien pies de altura, que por las noches cerraba su portón de cedro de Labanaan tachonado con clavos de bronce.

Lo solían sobrevolar bandadas de gaviotas y siempre estaba repleto de tullidos comidos por la sarna, asnos, soldados de fortuna y cambistas, que sorteaban los cadáveres empalados de los piratas o de los ladrones de bolsas, horrendamente torturados.

Luego, más serenada, tornaba a su aposento.

Cada mañana, para seguir en contacto con los dioses a los que servía, Berenice solía visitar el templo de Melqart y luego el santuario de Astarté Afrodita, su diosa protectora, donde rezaba acompañada de Lais y de un siervo gigantesco que las protegía. A cada paso reavivaba su curiosidad y deambulaba por las calles, mercados y plazas, entre un sofocante hedor a humanidad y a bosta de los camellos, acémilas y dromedarios.

A Berenice le gustaba detenerse en los tenderetes de los cambistas que ejecutaban las transacciones en *kaspu*, «pago en plata», empleando anillos de diferentes tamaños, inventados por sus antepasados. Adquirió por veinte siclos dos copas de oro repujado que donaría a los lugares sagrados, religiosa costumbre que había aprendido de su madre.

Al entrar en el santuario de Melqart ofrendó una de las copas para que garantizase la protección de los barcos de su padre. Dos colosales columnas de oro franqueaban junto al olivo sagrado el solemne santuario del Señor de la Ciudad, el hijo de Zeus y Asteria, fundador de Tiro, donde los devotos confiaban sus dones. En una estela de cedro se podía reparar en una leyenda que anunciaba: «Melqart, nuestro señor, ha resucitado de entre los muertos».

En el pórtico donde se sacrificaban los animales, centenares de lucernas alumbraban tres estatuas de pórfito ante las que rezaban los peregrinos pidiéndole las gracias en papiros que insertaban en los recovecos de los nichos. Una representaba a

Hirám, el fundador del imperio mercantil de la ciudad y constructor de sus astilleros. En la segunda hornacina se adoraba a Ithobaal, el monarca que extendió el poder de Tiro hasta el confín de los mares; y al costado, solitaria y enigmática, deslumbraba la imagen del sabio rey Pigmalión, cuya hermana Elissa fundara Cartago.

Salió del santuario y con paso diligente se adelantó a una hilera de viajeros de Biblos, y tras atravesar unas callejuelas pestilentes atestadas de carros, desembocó en una plaza donde se alzaba el afamado santuario de Astarté Marina, su preferido, donde sentía el hálito de la inmortalidad.

Era un tabernáculo a cielo abierto que franqueaban dos pilastras cuadradas y colosales, donde ejercían la prostitución sagrada las *hieródulas*, o rameras de la diosa, que se entregaban a los extranjeros por un siclo de plata. Berenice cumplió con sus rezos, saludó a las sacerdotisas y les dejó la copa; y tras ocultarse el rostro con el velo de seda salió del oratorio.

Luego, como hacía a diario, salió de las murallas con Lais y el esclavo, paseó por la orilla del mar en silencio y arrojó flores en recuerdo de su madre. Aquellas caminatas le renovaban las fuerzas para resistir y se decía a sí misma que una mujer descendiente de Casandra poseía infinidad de recursos para sobrevivir a las maldades de los mortales y de la pérfida Nefer.

Pasó meses de silencios y desprecios por parte de Nefer, y Berenice comenzó a inquietarse de verdad, pues la humillaba a cada momento. Cumplía aquel día quince años y quería agradecer a la diosa su bondad y rogarle su amparo. Llamó a Lais y al esclavo, y recogiendo su clámide y el velo, salió hacia el templo de Tanit donde encendió una lamparilla en recuerdo de su madre.

Mientras oraba en un rincón sintió en el estómago una punzada de angustia, y se inquietó. Buscó a una de las sacerdotisas para confiarle su desasosiego, pero se hallaban dentro del santuario en los oficios divinos. Desistió y trató de olvidarlo.

Al salir notó en su interior esa punzada premonitoria de las que preceden a una tragedia. Algo le decía que a causa de la egipcia su vida iba a cambiar muy pronto para peor, aunque ignoraba de qué naturaleza sería la perversidad.

Poseía esa facultad.

Hasta tuvo la sospecha de que aquella tarde no debía caminar por la orilla del mar con Lais y su esclavo, como hacía cada día y regresar a casa. Pero quiso retar al albur y se dirigió a la ribera para percibir la espuma del mar acariciando sus pies.

El ocaso era como un incendio, de esos que preceden a las noches sin luna y el firmamento se llena de miríadas de estrellas.

—Señora, debemos regresar, pronto oscurecerá —le rogó Lais con una expresión de contrariedad.

Berenice cometió el descuido inconsciente y comprometido de quien da por supuesta la bondad de todo el género humano.

—Veamos antes que traen en sus redes esos pescadores y después nos iremos —dijo al ver una barca que se acercaba meciéndose sobre las olas.

La contestación a Lais era una de esas respuestas de instintiva negligencia que acostumbramos a hacer en la ausencia de una amenaza desconocida. Y cuando se dieron cuenta del peligro, ya era demasiado tarde.

Los supuestos pescadores eran piratas tirsenos, los más crueles y desalmados del océano. En un santiamén le cortaron el cuello al esclavo que no tuvo tiempo de esgrimir su espada. Amordazaron a las dos muchachas, las echaron sin contemplaciones en el fondo de la barca y emprendieron la huida hacia un navío que los esperaba en una ensenada cercana.

Unos vigías del torreón de poniente de la muralla observaron el rapto, pero cuando dieron la alarma, la chalupa había desaparecido de su vista. Unos vociferantes piratas tendieron una escala y corrió la primera sangre, pues Lais quiso zafarse y fue golpeada brutalmente en el rostro.

Berenice exhortó a la esclava a aceptar lo inevitable y se le acercó al oído para susurrarle:

—Mi padre nos rescatará. Tranquilízate.

Seguramente las habían estado observando desde hacía tiempo, y dos jóvenes constituían un succulento bocado para aquellas carroñas del mar.

A latigazo limpio, las conminaron a arrodillarse. Lais alzó sus sugerentes ojos negros y suplicó con lágrimas en los ojos:

—¡Su padre, el poderoso Aaronit de Tiro, os pagará un espléndido rescate de plata! ¡Os lo imploro! ¡Comunicádselo y os hará ricos!

Pero a su desesperado ruego sólo halló la cruel sonrisa de un corsario con una cicatriz en el pómulos, blancuzca y repugnante, quien de un puntapié la arrojó en el cordaje, cebándose después con su cuerpo, al que molió a patadas.

—Ya hemos recibido nuestra paga, esclava incauta. Su madre, esa egipcia tan seductora y generosa, nos ha pagado por vuestra captura más de los que su padre podría pagarnos por el rescate —y soltó una terrorífica carcajada.

Berenice y Lais se quedaron de piedra, sin aliento, y una pena profunda les royó las entrañas. La cruel Nefer se había desembarazado de un plumazo de la única que podía disputarle el trono de la casa y los afectos del acaudalado y poderoso Aaronit, que jamás sabría que ella había sido su fatal ejecutora.

Una jugada maestra de la perfidia.

Gritos desaforados, violencia, olor a sangre, cadenas y golpes, eran el futuro que les esperaba. Y seguramente la esclavitud en un país lejano y desconocido donde su padre jamás la hallaría. Berenice sintió un raudal de náuseas subirle del estómago. Tenía la boca seca como la estopa, pero no emitió una sola queja, ni un lamento.

Berenice comprobó que su fragilidad no les infundía compasión a los piratas, que bebían vino sin cesar y les hacían gestos obscenos en sus mismas caras. Aprovechando la marea, dispusieron rumbo a su guarida, que resultó ser una playa con un embarcadero abandonado de Sicilia, a la que llegaron diez días después, famélicas, hambrientas y acobardadas.

Atadas a una de las vergas de la cubierta sufrieron una quemazón despiadada en su piel, acostumbradas como estaban a las benignas temperaturas y exuberancias de Tiro.

Las recién capturadas, aterradas ante su suerte, buscaban una solución que aportara una salida a aquella situación tan pavorosa. Pero sólo encontraban el miedo y el desaliento.

El navío corsario franqueó un inaccesible despeñadero, y ancló en la playa escondida de un poblado espectral donde los aguardaba otra gentuza de la peor calaña. Era un paisaje estéril y desolado como un desierto.

El futuro no se presentaba nada halagüeño para Berenice y Lais, y el espectro de una muerte violenta planeaba sobre sus cabezas. Las arrodillaron en el arenal y el jefe, un hombretón brutal y desaliñado que esgrimía un látigo y un hacha descomunal, las señaló iracundo:

—Desde hoy carecéis de nombre, no sois nada, sino carne de grilletes y presas de mi propiedad. No me gusta lisiar a mis esclavas, pero si alguna de vosotras dos intenta huir, le aguarda una muerte lenta y horrible —les gritó enseñando unos dientes negruzcos.

Y entre carcajadas señaló a cuatro prisioneros, dos de ellos mujeres, siniestramente torturados, pero aún vivos. A ellas las habían flagelado y sujetado con cepos y sus cuerpos se habían convertido en una pura llaga. A otro le habían quemado las manos con brea y arrancado las uñas de los pies y el cuero cabelludo; y al cuarto le habían mutilado las orejas y cegado los ojos, antes de crucificarlo y despellejarlo, para escarmiento del resto de los esclavos que pretendieran huir.

Gruñían de forma espantosa, con los ojos fuera de sus órbitas y las bocas babeantes emitiendo un sollozo lastimero y rogando un piadoso fin. Berenice se horrorizó.

Las arrastraron sin conmiseración y las encerraron en un sótano inmundado, con un hedor insoportable a paja podrida y a orines rancios. A media tarde trajeron una cesta con migas de pan negro y queso, y un odre de vino aguado que se disputaron como alimañas las dos recién llegadas y otras cinco mujeres enjauladas que se pudrían en aquel cobertizo de atmósfera irrespirable.

Berenice entretanto, se mordía los labios, y sentía un pavor espantoso por el futuro que le esperaba. No cabía mayor pesar, humillación y desesperación.

Y sintió una soledad desgarradora.

Con la luz del alba, su situación cobró la dureza de la cruda y aciaga realidad.

Los piratas se comportaban como gente sin alma, comían serpientes, frutos del mar, huevos de aves, lagartos, pájaros y perros, y vivían en las cuevas de los acantilados con sus coimas e hijos, en un pandemónium de suciedad, miseria y libertinaje. Y permanecían borrachos día y noche, provocando el terror de las prisioneras.

A la puesta de sol, solían acudir a la cárcel. Sacaban a dos inocentes jóvenes

capturadas en las costas dálmatas y saciaban con ellas sus más bajos instintos entre gritos, bofetadas e improperios. Y lo hacían frente a las demás, para intimidarlas. Berenice las veía desnudas temblando, con su piel pálida y sudorosa por la reclusión, intentando a veces mostrarse apetitosas y complacientes para no ser golpeadas, y aguantando los besos y caricias brutales con resignación y risas impostadas.

Las pobres esclavas se entregaban a la vehemencia de las pasiones de aquellos facinerosos, mostrándoles atemorizadas sus senos, sus sexos y sus escuálidas tersuras.

Luego, tras poseerlas salvajemente las dejaban allí tendidas entre lloros y lamentos, hasta que Lais, Berenice y las otras mujeres las cubrían con sus harapos de estameña, las acompañaban a sus jergones y las consolaban.

Entonces Lais y Berenice volvían a su rincón, se abrazaban y rogaban juntas a la diosa que ellas no fueran las siguientes en someterse a aquellas depravaciones que les helaban la sangre por su rudeza y crueldad.

Pronto comprendieron que el tétrico lugar donde se hallaban confinadas no era sino un depósito de esclavos donde únicamente saldrían para ser vendidas o arrojadas al mar desde el acantilado, si es que no resistían el enclaustramiento. Con la declinación del sol las sacaban del pozo, y las alimentaban con un repugnante sopicaldo de sebo y avena, y a veces con un queso agusanado y un jarro de vino avinagrado.

Corrían los días y las noches desposeídas de fe, y sostenidas por la mutua aflicción. La tiria no paraba de repetirse un mensaje de aliento: «Si pudiera enviarle un mensaje a padre, mi situación cambiaría. ¿Pero cómo?».

Por las noches, Berenice y Lais se acurrucaban juntas como dos gusanos heridos. Lamentaban su aciaga estrella, y su desconsuelo las hundía aún más en la tristeza, hasta que el sueño las vencía.

Lais tosía y se ahogaba, y su aspecto estaba cada vez más depauperado. Berenice esforzaba su memoria para obtener una certeza de salvación y entonces empezaba a dudar y se desesperaba por dentro. Pasadas tres semanas las sacaron de la mazmorra, y después de asearlas con polvos de cal y agua de pozo, las vistieron con un chitón pardo.

Llegó un carro y se bajó de él una mujerona obesa y corpulenta. Era una conocida partera de Siracusa. Mandó que las condujeran a una choza y allí las reconoció. Los piratas querían saber si eran o no vírgenes. Una «intacta» auténtica, en cualquier mercado del mar Interior, valía una fortuna.

—La esclava morena no es virgen, pero la de los ojos verdes y la señal en el hombro, sí lo es —dictaminó al salir—. Ganaréis mucho con ella.

Fue el testimonio de la comadrona el que consiguió separarlas para siempre. Había pedido como pago, por ese y otros servicios anteriores, que le regalaran a la muchacha siria, que por ser endeble, poco agraciada y haber conocido varón, no sacarían mucho por ella.

Berenice se sorprendió ostensiblemente.

—Creía Lais que eras virgen como yo. ¿Por qué me lo has ocultado? Somos casi hermanas.

Se hizo un silencio hondo y profundo. Luego, la siria, con una voz trémula, y sin alzar los ojos, le confesó a la desconsolada Berenice:

—Cómo iba a revelárselo si fue su padre, el señor Aaronit, el que me forzó varias noches seguidas en mi lecho. Tenía que silenciarlo, o me hubiera matado. Debía callar, señora.

Berenice abrió los ojos de forma desmesurada. Lamentaba la miserable condición de cualquier semejante en estado de esclavitud. Aquella niña bárbara había sido el regalo de uno de sus cumpleaños. No poseía vida propia y su estrella estaba inexorablemente unida a su destino. Pero sentía piedad por ella.

—Quiera la diosa que paguen caras sus culpas —contestó, y besó con ternura a la asustada muchacha, a la que arrancaron de sus brazos.

Ataron a Lais al destartado carromato y se la entregaron a la mujeruca, que abrió una boca grande y desdentada para celebrar el obsequio.

—Haré de esta piltrafa una partera excelente —dijo al jefe de la turba—. ¡Regreso a Siracusa!

Lais pasaba de ser la esclava preferida de una princesa de Tiro, a convertirse en la sierva de una matrona, con un futuro tan incierto como azaroso, y seguramente rudo y despiadado.

Se resistieron a separarse. Gritaron y lloraron, rogándole Berenice al cabecilla de la cuadrilla que las mantuviera juntas. Pero un fuerte empujón y un latigazo a Lais, acabó con la cuestión de forma expeditiva y brutal.

Al cabo de unos instantes el carruaje se perdió entre un velo de polvo, camino de Siracusa. Ya no volverían a verse jamás aquellas dos desgraciadas compañeras de cadenas, y las lágrimas descendieron por las mejillas de Berenice, que permaneció de pie, desconsolada y abatida.

Se había quedado sin voluntad ni deseo.

Desde aquel día la tiria se notó muy debilitada, insegura y desamparada. Percibía sobre su nuca los ojos vigilantes de sus verdugos y el picor martirizante de los insectos; y apenas tapada con unos harapos, su aspecto se asemejaba al de una pordiosera del mercado de Tiro.

Dormía sin el calor protector de Lais y sobre el frío albero rodeada de deyecciones y sumergida en un hedor pútrido, mientras el hambre, las ratas y los parásitos la acuciaban como un suplicio.

Pero era la falta de libertad y la impotencia de no poder rebelarse contra aquella aciaga situación lo que le taladraba el alma, sumiéndola en una aflicción inconsolable.

Reclusión tan atroz, separada de los que amaba, Lais y sus amigas las sacerdotisas de Astarté, la descorazonaba de tal forma que rogaba a su diosa protectora que le enviara una muerte rápida y que así se extinguiera su suplicio.

Una de aquellas noches, una de las mujeres agonizó lentamente en la insalubre reclusión, y el cuerpo sirvió de alimento a una jauría de alanos que ladraban en el acantilado día y noche.

Berenice, aterrada, era incapaz de enfrentarse a su amargo sino y, acobardada por el yugo de la esclavitud y con su corazón apenado, se hermanaba en el mismo sufrimiento con los millares de seres humanos esclavizados en el mundo.

Odiaba la maroma de cáñamo con la que la amarraban y los fríos grilletes que descarnaban los pies, pensando qué cólera y a qué dios desconocido había provocado con sus malas acciones. Se le erizaban los cabellos con sólo pensar en convertirse en prostituta de un burdel cartaginés, y entonces rezaba implorante:

—Divina Astarté, Señora del Destino, ahuyenta de mí esta locura y envíame una muerte honrosa y rápida —suplicó en una noche de angustia, con los ojos arrasados por un llanto inconsolable.

Una mañana incierta, nublada, tormentosa y gris, la empujaron al frío patio. El aullido de los perros ahondó su pavor. Terminó por caer una tromba de agua que alivió la gravedad de la atmósfera, pero no sus ánimos. Unas mujeres que apestaban a sudor la refregaron con sucias esponjas, embadurnándola luego con aceites para realzar su delicada piel.

Le sombrearon los párpados y cejas con antimonio y le colorearon las mejillas con tintura de alheña. El fuego consumió los roñosos trapos plagados de piojos, le colocaron una túnica de lino y peinaron sus largos cabellos castaños.

Berenice y otras tres prisioneras de lenguas extrañas fueron confinadas en una tartana cubierta con una lona. Las vigilaban dos esbirros armados con facas, que las ataron con una soga. Había llegado el infausto día del trato en el que pasarían a pertenecer a un nuevo señor.

—¡El mercado de Siracusa os espera, virgencitas! Se acabó la buena vida y desperdiciar mi comida. Hoy cambiaréis de dueño, escoria, y en unos días podéis estar en una casa de trato de Mileto, Tirinto o Susa. ¡Poned buena cara, que presiento buenos negocios! —berreó el cabecilla de los piratas, que lanzó al aire una grosera risotada.

En Siracusa aquellos eran días de mercado, de dinero, diversión y bullicio. Negociantes del más heterogéneo jaez, ligures, etruscos, latinos, tartesios, cartagineses, fenicios y sículos de la misma Siracusa, se daban cita en una gran plaza donde se ofrecían los más raros géneros.

Pero sobre todo se tasaba la carne humana expuesta en altos estrados, con destino a las minas, los remos, los harenes y los prostíbulos de las dos orillas del mar fenicio.

Berenice temblaba, y negros pensamientos se despeñaban por su cansado cerebro. ¿Dónde iría a parar y con qué amo? Se encomendó a su diosa protectora y le rogó que fuera benévola con su sino.

Conforme avanzaba el día, el gran mercado se fue llenando de encantadores de serpientes, de vendedores de espejos y marfiles, de sanadoras, especieros, barberos,

cambistas, amigos de lo ajeno y mercaderes con aparatosas túnicas y con los lóbulos ensartados de perlas.

Se amalgamaban en una atmósfera de olores empalagosos confusas lenguas y ruidos ensordecedores, mientras traficaban con hombres y mujeres en una deshumanizada almoneda que acobardó a la tiria.

Esclavos de todas las razas, libios, ítalos, lidios, frigios, persas, tracios, galos o macedonios, atados los pies y manos con dogales de esparto, posaban sus pupilas ansiosas en sus futuros dueños, posiblemente tan despiadados como sus apresadores, pero con la esperanza de una vida más llevadera en la que padecieran menos bastonazos y penurias.

Pálidos y demacrados, con cicatrices y moratones, muchos marcados con el hierro, niños emasculados y niñas violadas, pero con los hímenes recosidos para ser vendidas como vírgenes, eran ofrecidos con una brutalidad ofensiva.

Una turba de individuos vociferantes regateaba con los mercachifles y babeaban ante las esclavas mientras las manoseaban sin pudor. En tanto, murmuraban entre ellos obscenidades sobando sus cuerpos, y preguntando el precio, siempre considerado abusivo.

Entre las cautivas se exhibían de todas las nacionalidades y raleas inimaginables, que muy pronto servirían de diversión a cualquier depravado, o de ramera o efebos en alguna cantina perdida de Corinto, Marsalia, Atenas o Cartago, formando parte de la interminable legión de meretrices y muchachos de placer que atestaban los sucios burdeles de los puertos de mar.

Saldaban sus negocios con gestos convenidos, aunque también se oían ofrecimientos y tratos en griego, etrusco, fenicio, cartaginés y circasiano. Las compras eran anotadas por escribas que redactaban los contratos de compraventa en cuarteados papiros o en tiras de fino plomo.

El patrón de cambio convenido era de cincuenta siclos por un esclavo común, canon que alcanzaba cifras considerables con los eunucos egipcios, las «intactas» y los jóvenes sin mácula.

Unos mirones se concentraron ante el estrado donde era ofrecida Berenice. Uno de ellos, vestido con una larga túnica fenicia, de tez morena, alto y enjuto, que lucía un cráneo rapado y sudoroso y que se humedecía la nariz con un pañuelo perfumado, no paraba de mirar el tatuaje que le brillaba en el brazo. Parecía magnetizado.

Aguzó el oído y preguntó al vendedor por el precio de la joven tatuada de ojos verdes, esbelta silueta y larga melena leonada, y comprobó que alcanzaba la escandalosa cifra de tres minas de plata. Le pareció excesivo y regateó junto a otros dos compradores.

Pero el interesado estaba firmemente decidido a comprarla costara lo que costara. Y al fin, tras muchas porfías y discusiones y de examinarla y comprobar con un físico que no parecía padecer enfermedad alguna y que era virgen de verdad, la compró por dos minas y cuarenta siclos de plata.

Estaba exultante con la compra, y sonreía.

—Tenéis que decirme vuestro nombre y procedencia para extenderos un documento de compra, señor —le pidió el mercader—. De lo contrario los guardias del rey de Siracusa os podrían acusar de robo y de raptó. ¿Comprendéis?

El comprador alzó su mirada grave y apuntó:

—Korbis de Colobona, mercader del reino tartesio de Argantonio. ¿Qué idioma habla la muchacha? ¿De dónde procede? —se interesó después, empleando el griego.

—Habla fenicio, griego y también algo de persa y arameo, y habréis de saber que proviene de una familia aristocrática de Tiro —contestó.

—¡Espléndido entonces! —se alegró el comprador, al que se le veía exultante.

—Os lleváis a una verdadera diosa, señoría —comentó zalamero el vendedor, que introdujo en su faltriquera los dos lingotes de plata y las monedas.

—¡Conducidla al barco! —ordenó a uno de sus acompañantes, que la asió fuertemente del brazo.

Berenice, con la cabeza inclinada, bajó del entarimado y se unió a la comitiva de su nuevo amo, recelosa y precavida. «Espero no ser convertida en ramera de la tripulación, en cuyo caso me arrojaré al mar esta misma noche», caviló.

Sin embargo, como no advirtió demasiada animadversión en su amo, se atrevió a hablar:

—Mi señor, ¿por qué os habéis decidido a comprarme? He observado que me mirabais con atención —se interesó dulcemente en griego y con su mejor arma femenina: la mayor capacidad de persuasión y dulzura de las que era capaz.

El tartesio la miró y no contestó en principio. Le pareció que era un atrevimiento inadmisibles. Pero después de abandonar el mercado, y ya cerca del puerto, le manifestó adusto:

—Llevas tatuado en tu cuerpo un signo del cielo que venero: el distintivo de las mujeres inmortales. Y yo, que soy un hombre devoto, creo firmemente en el signo de la diosa Tanit, Astarté Marina, la deidad a quien debo mi suerte y mi prosperidad.

—Siempre seréis protegido por la Madre, amo.

—Ese símbolo es sagrado para mí. Tienes suerte muchacha de no haber sido vendida a un proxeneta cartaginés que hoy mismo habría vendido tu cuerpo y tu alma en un burdel. Te entregaré a mi hijo como regalo de bodas para que protejas su casa. Él también reverencia a la diosa.

Berenice pensó que del mal que esperaba para su futuro, éste parecía ser menor, aunque ya no estaba segura de nada.

—Que ella os ampare, mi señor —dijo sincera.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó sin mirarla.

—Berenice, amo —contestó balbuceante, pero ocultó su identidad para no correr ningún riesgo.

—Nombre griego, ¿no?

—Mi madre lo era.

—Te mantendré el nombre y no te maltrataré, a no ser que actúes como una mujer díscola e irreverente, robes o seas perezosa —la cortó hosco—. Obedece y serás bien tratada.

—Descuidad, señor. Sé cómo comportarme —aseguró—. ¿Y dónde se halla Colobona?

Korbis esgrimió un gesto de incomodidad. Era una mujer muy habladora, pero la respetaba pues portaba la señal de Tanit.

—Preguntas demasiado, pero te diré que más allá de las Columnas de Hércules, en la orilla del lago tartesio, frente a la isla donde se alza Turpa, la capital de nuestro territorio, el reino de la fortuna, la felicidad y el buen gobierno.

—Cerca entonces del emporio tirio de Gadir, en el océano de los Atlantes —refirió con voz tenue.

—Así es —se extrañó—. Veo que no eres una mujer inculta. Luego me contarás pormenores sobre tu origen y por qué te has convertido en esclava, siendo una predilecta de la diosa. No es algo habitual, y muy pocos lo han notado.

—La maldad, la codicia y la impiedad de una mujer lujuriosa y perversa, a la que el cielo fulminará un día, me han traído aquí, mi amo y señor —admitió.

—Esos son los abusos que hacen de este mundo un lugar injusto —dijo el mercader, que ordenó atarla y encerrarla en la bodega, mientras pensaba que había acordado una adquisición cara, pero de un valor inestimable. Y él no solía equivocarse.

No obstante Berenice albergaba la sensación aterradora de encontrarse apresada en una trampa que no se abriría jamás, en una situación eterna y turbadora, en un tormento inacabable.

Y no sabía si entregarse al optimismo por haber abandonado el antro en el que había penado, o sumirse en la más honda de las pesadumbres por la insegura esclavitud que le aguardaba. No obstante, el tartesio le parecía un hombre honorable, aunque severo y hermético.

Se acordó de Lais y se encogió entre unos cordajes. ¿Qué sería de ella, acostumbrada a las delicias de Tiro y a su delicado trato? Luego reflexionó en la plenitud de su desgracia:

«Marcho al fin del mundo. Allí nadie dará conmigo, ni tan siquiera mi poderoso padre. Pero ¿qué será de mi suerte? ¿Hacia dónde me conduce mi estrella?».

Aspiró profundamente el aire vivificante del mar, y se entregó derrotada al desconocido albur de su estrella errante.

COLOBONA

De Colobona partía la comitiva hacia el templo de Noctiluca, el de la Luz Matutina, el Lucero que centellea en la dudosa alborada, cerca del lago de los tartesios.

Tartessos

Al alba, la nave tartesia estaba dispuesta para zarpar y Korbis dirigía enérgico la maniobra.

De repente, de la bodega escaparon unos lastimeros y desgarradores ruegos de súplica que paralizaron los trabajos en cubierta. El mercader mandó abajo al timonel para conocer la causa. Éste regresó con el rostro serio y a la vez encendido.

—La esclava estima que no debemos partir.

Korbis soltó una irónica voz de irritación.

—¡¿Cómo?! ¿Es que se ha vuelto loca esa mujer? ¡Aunque me haya costado una fortuna la voy a despellejar viva!

—¡A lo mejor le ha dado un rapto de autoridad femenina! Me parece que es una charlatana, capitán —se rió uno de los cómitres, un hombre obeso, con las orejas y nariz mutiladas.

La tripulación soltó una disonante risotada.

—Asegura que ha tenido un sueño y que si zarpamos, el mar nos engullirá a todos. Según la esclava se acerca una tormenta pavorosa en la que perecerán hombres y las aguas se tragarán muchos barcos. Eso dice la muy... ¿La hacemos callar a latigazos? —dijo el timonel sonriéndose.

—Pero ¿qué es? ¿Una pitonisa? —dijo otro riéndose a carcajadas—. ¿Llevamos en la panza de la nave a una adivinadora? ¡Qué lujo compañeros!

—¡Subidla a rastras! —ordenó Korbis airado.

La recibió con el verdugo en la mano y con gesto grave, dispuesto a castigarla severamente y darle un buen escarmiento público. Adusto, la miró a la cara y la conminó con las venas del cuello hinchadas.

—¡No permitiré a una esclava que estorbe los trabajos de mis marineros! ¿Qué locura es ésta, mujer? ¡Habla de una vez!

Berenice, sin alzar la vista, manifestó sumisa:

—Mi amo, perdonad a esta mujer indefensa. Poseo facultades de adivinación. He tenido un sueño y he visto como se juntaba el mar con un firmamento negro y amenazador, signo nefasto que anuncia naufragios y muertes seguras, pues el cielo descende a la tierra y lo devora. No debéis partir hasta que la tempestad cruce la isla. Quedaos en el puerto, os lo ruego. Yo sólo deseo vuestro bien y el de mi nueva casa y no quiero morir, señor.

—¡Pero si las aguas están mansas como la melaza! —respondió indignado.

La tiria abrió sus ojos y habló como una sibila:

—No en una hora, mi señor. Ya lo comprobaréis. La diosa me ha hablado en sueños.

El capitán se mostraba dubitativo e inquieto. No podía dejarse llevar por las ensoñaciones de una muchacha y lanzó un exabrupto al aire.

—¡Si no ocurre nada aplacaré tu osadía con la fusta! Y entonces preferirás no haber nacido.

Korbis miró de hito en hito a sus cómitres, marineros y pilotos que no daban crédito al inhabitual episodio, negando con la cabeza. No podían creer lo que oían. Pensaban que estaba loca y que era una entrometida. Pero ¿y si era cierto? ¿Acaso no poseía el distintivo de la diosa? Y comenzaron a temerla, como hombres supersticiosos de la mar que eran.

Korbis el tartesio era un hombre crédulo con una indeleble fe en los dioses luminosos de su tierra, y sintió alarma y un temblor reverencial. ¿Y si ciertamente tenía razón y los salvaba de la muerte? Dudó unos instantes y justificó su temor:

—Bien, no es forzoso zarpar ahora. Puedo aprovechar para comprar algunas ánforas más de vino de Samos —ordenó Korbis—. Esperaremos a la marea de la tarde. Serán sólo unas horas de demora, después partiremos. ¡Llevala a la bodega!

Los marineros no comprendían la conducta de su capitán. Nunca se había dejado intimidar por nadie y menos aún por una esclava a la que apenas conocía, y cuyos conocimientos de los vientos no serían mayores que los de navegar por mar abierto. Miraron en silencio a Korbis y aguardaron oteando el cielo. Ellos también temían a los dioses.

Antes del mediodía y después de cargar las vasijas en la sentina, la calma de las aguas se alteró de forma repentina e inexplicable. Amenazadoras nubes de tormenta sobre un cielo ceniciento se abatieron vertiginosas sobre el puerto de Siracusa.

Los marineros no podían creerlo y recelaron.

—¡El viento rola a oeste, capitán! —gritó el vigía.

—¡Maldita sea! —vociferó el tartesio—. Ya había advertido en mis orejas el trapeo de la vela y el soplo del viento. Resulta increíble... ¡Por la clava de Heracles! ¡Recoged las velas!

Dudaron entre abandonar la nave y refugiarse en uno de los cobertizos de cañas del embarcadero, pero a Korbis le pareció más segura la galera.

—Tenía razón la tiria, señor —recordó el timonel.

—Que la gente se apriete unos contra otros en el pañol y se queden dos de retén arriba. La borrasca que adivino en el horizonte puede, o bien pasar sin descargar un solo rayo, o atraparnos de lleno en una tolvanera antes de una hora. ¡Encomendémonos al cielo!

Y la tormenta se abatió pavorosa.

Las horas fueron cayendo y no cejaba en su violencia. Un rayo cayó no lejos de la verga mayor de la nave y todos enmudecieron de espanto. Y ni el capitán Korbis, con su experiencia y vasto saber, comprendía el fenómeno meteorológico. La confusión del temporal le impedía consultar el cielo con sus ingenios marineros. La jarcia vibraba sin cesar con un rechinamiento sordo y seco, y temía seriamente que un viento furioso la deshiciera.

El barco, aun a pesar de hallarse al resguardo en la dársena, cabeceaba peligrosamente por la gran turbulencia del mar de fondo y del viento atemporalado. Los dos marineros que trajinaban en cubierta se habían trabado a las batayolas, ante el temor de ser arrastrados por uno de los furibundos caños de agua salitrosa que se precipitaban por todas partes.

Berenice se ató a una traviesa de la bodega y se escondió entre unas sacas de salazones, bizcocho y queso, mientras invocaba a la diosa.

Un miedo aterrador anonadó a los hombres de Korbis, que veían cómo se sucedían sin cesar los virulentos chubascos, el fuerte oleaje y el continuo azote de las aguas.

De repente, y en medio de una oscuridad sobrecogedora, se oyó entre el siseo del viento un seco desgarró al que siguió un crujido que la negrura agrandó. Los tripulantes enmudecieron asustados, creándose en la nave un silencio de cementerio. Un centenar de ojos buscaron vacilantes en la tenebrosidad.

¿Qué era aquel infernal crujido? La vela menor se había desprendido de su palo, para después bruscamente precipitarse al mar, llevándose en el desplome a un grumete que vomitaba junto a uno de los barandales y que desapareció sin dejar rastro ni ser oído en las negras espumas del oleaje.

Siguieron unos instantes de pánico entre los marineros, empapados hasta los huesos de agua salada, lluvia y sudor, mientras soportaban el furor del encolerizado océano entre las sacas y ánforas.

—¡Lug, dios del sol, aparece en el cielo y acaba con esta oscuridad! —gritó uno—. ¡No nos dejes morir en tierra extraña!

Providencialmente, después del mediodía, las turbias masas de agua se trocaron en acompasadas olas de color verdoso, estabilizando milagrosamente la nao tartesia con sus vaivenes. Cesaron las tempestuosas rachas de viento que rolaron a sur, siendo más fácil el gobierno de la embarcación. Regresaba la calma al embarcadero de Siracusa.

La tormenta anunciada por la esclava moderó su brío y el contorno se volvió menos amenazador y ceniciento. Los expertos marinos tartesios, la mayoría naturales

de Colobona, suspiraron con alivio e incluso se atrevieron a incorporarse, salir del cobijo a cubierta y observar con sus ojos enfebrecidos las amansadas aguas.

La tibieza de la tarde les reveló el caótico estado del puerto, donde muchas embarcaciones habían sido destrozadas, otras flotaban a la deriva, y las que antes de la cellisca habían partido ajenas al temporal, habían desaparecido del horizonte, tragadas o dispersadas por la furia de las olas.

Cuando se hizo la calma total, Korbis mandó llamar a la joven, que subió empapada y con el cabello pegado a la cara. Y en presencia de todos, el capitán inclinó la rodilla y le tomó las manos en señal de reverencia, gratitud y acato.

Berenice rumiaba su triunfo por dentro.

La tripulación guardaba silencio por el espanto que le tenían y la observaban con una solemnidad inapropiada en tan fieros lobos de la mar. Korbis puso cara de contrición y se deshizo en muestras de gratitud hacia la esclava.

—Señora —cambió el tratamiento—, os debemos la salvación de la carga y nuestras vidas, lo máspreciado. En verdad sois una mujer amada por la diosa y hemos dudado de vos —la ensalzó.

—Llevo sangre de los sacerdotes de Apolo de Delfos y de las sibilas de Eleusis. Para mí, predecir los sueños y el futuro, es fruto de una virtud hereditaria, amo.

—En adelante llamadme Korbis y consideradme como un igual. Desde hoy comeréis mi comida, vuestros ruegos serán órdenes y se os adecentará un lugar digno en la bodega, como os corresponde a vuestro rango —manifestó con humildad.

—Vuestra integridad ha quedado indemne, mi amo. ¿Cómo ibais a conocer los designios de la diosa de la vida? —le aseguró exculpándolo.

—Valoro vuestra fortaleza, y ya no me cabe duda alguna de que sobreviviremos a cualquier fatalidad que nos sobrevenga en nuestro derrotero, si estáis con nosotros —reconoció.

Berenice no concitaba sólo respeto, ni tan siquiera devoción, sino un pavor reverencial que hizo que desde entonces la marinería se inclinara a su paso y la temiera. La templanza de su carácter y la serena estabilidad de sus palabras los intimidaba.

Su siniestra esclavitud tomaba un rumbo esperanzador y abierta aquella grieta de admiración, determinó rogarle al capitán en tono apacible, como si le ordenara, susurrando:

—Capitán Korbis, perdonad el ruego de esta esclava —rogó sumisa—. Fui apresada por los piratas que me vendieron junto a mi esclava Lais, una muchacha siria de melena anillada, ojos negros y tez morena. Sé que fue vendida a una partera de esta ciudad, hace ahora un mes. ¿Podrías intentar recuperarla? Me haríais inmensamente feliz y os lo agradecería eternamente.

—Aunque tenga que remover la ciudad entera, os la traeré —confirmó Korbis, que mandó entretanto reponer la vela y lustrar la cubierta, mientras él y los dos cómitres armados abandonaban el embarcadero en busca de Lais.

Berenice se sorprendió que volvieran antes de que cayera la noche. Lais, que ignoraba su sino, subió temblando la escala, pues ya se veía como puta de burdel para la marinería de la nave.

Atesoraba un gesto silencioso, ausente, y una mueca de miedo la embargaba. Ya se veía ultrajada, apaleada y finalmente asesinada. Y cuando vio ante sí a su ama con la cara radiante de felicidad, admitió que su suerte había cambiado para mudarse en un júbilo inefable. Al menos morirían juntas. ¿Pero qué poder había alcanzado Berenice que en sólo dos días su amo parecía el esclavo?

Se hincó de rodillas y rompió a llorar.

—Verdaderamente Tanit está con vos, señora.

Y se fundieron en un abrazo largo y sentido.

—Que la diosa y la fortuna os lo paguen, capitán. Sois un hombre de fe y de compasión.

—Nada como saber dónde buscar y con qué bolsa tentar a la dueña, señora —dijo un Korbis satisfecho—. Una generosa bolsa todo lo soluciona.

—Os ha llamado «señora». ¿Qué milagro ha acontecido? —preguntó Lais asombrada.

—El poder de Astarté es infinito, Lais —le sonrió.

Berenice trajo a su memoria una frase que su madre solía pronunciar con frecuencia en los tiempos felices en los que eran dos almas gemelas: «Sólo saldrás del desprecio de tus semejantes cuando tú misma te valores».

Su madre, además de bondadosa era sabia.

Y desde aquel día Berenice se esforzó en no alimentar su resentimiento y rencor hacia su amo al que pertenecía, y comenzó a disfrutar de su triunfo.

Manejada por la pequeña vela de treo, y a golpe de las virolas del timón, pues algunas bonetas habían saltado hechas añicos durante la tempestad, la embarcación tartesia puso rumbo a poniente al día siguiente, después de ofrecer el sacrificio de unas palomas en el templo de Afrodita, a la que asistieron Berenice y Lais, que elevaron los rezos y quemaron el incienso por todos.

Con un sol apagado y ayudada por brisas propicias, la nao avanzó con celeridad por la costa de Agrigento y Selinonte, salvando después de cuatro días la costa de Cartago, donde tomarían la ruta fenicia y estarían a salvo de cualquier ataque de piratas, al ser los tartesios aliados naturales de Tiro y Gadir y gozar de su protección.

La mañana penetraba con sus estiletes de luz en el lecho marino, desvelando la inmensidad de un mar salpicado de pequeñas islas verdes arropadas de pinos. Berenice las contemplaba embelesada.

—Que Tanit la celeste nos proteja —rezó.

Se levantó una brisa del este que empujó, para alivio de los navegantes, la nao tartesia. Cruzaron sin novedad ante los farallones de Calpe y Avyla y enfilaron, no sin cierto temor a un naufragio, hacia las Puertas Tartesias y los Siete Faros de Hércules. Después de tres semanas de derrota avistaron al fin Gadir, *la Fortaleza*, la ciudad del

fin del mundo, la gemela de Tiro, acurrucada entre las aguas de sus tres islas.

Señora del confín de la tierra en el océano Atlantis, se erigía sobre una cresta de rocas esmeralda, abrazadas por murallas ciclópeas. Pero observó que Gadir no era esencialmente una ciudad, era un gran almacén de mercancías.

El emporio gaditano, envidia de las colonias tirias, lo integraban varias islas de óptimos fondeaderos para el refugio y la mercadería. Los reductos de defensa, las mansiones, los talleres y la acrópolis se erigían en Eriteia, una ínsula de ondulados altozanos coronada por el palacio de los sufetes y los templos de Astarté y Baal Hammón.

Otra isla estirada al sur, que nombraban como Kotinussa, «la de los olivos silvestres», albergaba en su extremo sur el afamado templo de Melqart, frente al despoblado islote de Antípolis. Berenice inclinó la cabeza y rezó en silencio, dándole las gracias al Señor de la Ciudad.

La tiria sabía por sus maestros que Gadir había sido fundada por Arzena, príncipe de Tiro, siguiendo el mandato del oráculo y del rey Pigmalión, más de trescientos años atrás. Temerarios negociantes tirios habían recalado en las Columnas de Hércules, transformando las islas gaditanas en el centro comercial más floreciente de occidente, superando en jerarquía a Cartago, Útica y Lixus. Y sintió júbilo por hallarse en la urbe semejante a Tiro, tan lejana y tan amada para ella.

El crepúsculo, entre velos granas y violetas, anunciaba una noche plena de estrellas.

La brisa espoleó la proa y dejaron a un lado una flota de panzudos *gaulós*, los barcos fenicios tan negros como la pez y con dos imponentes ojos pintados en los flancos. Una grandiosa luna, la del décimo día del mes fenicio de *ziw*, se apropiaba del firmamento, mudando los rojos retazos del crepúsculo por una atmósfera púrpura.

Había llegado el momento de conocer su nueva casa y el pueblo de Korbis: Colobona.

Fondearon en la bahía tartesia y aguardaron al amanecer para cruzar las fronteras del reino del Buen Gobierno y de la Fortuna, como llamaban los griegos a Tartessos.

Al alba reemprendieron la navegación.

Turpa, la capital tartésida, acariciada por el sol, era un torrente de oro y de tonalidades ocre y azules. El río Tertis se agigantaba al desaguar en el lago, en cuyo centro, en una isla grandiosa, se alzaba la gran urbe con sus apretadas casas y los palacetes azafranados.

La ciudad se abría como un exuberante jardín, rodeada de canales y embarcaderos, entre un mar de azoteas y pináculos blancos que acaparaban la luz del amanecer. Y por encima de los tejados descollaba el palacio de Argantonio, el rey de la plata, el príncipe de los Diez Pueblos.

La isla, en el centro del lago, era una trampa mortal, y sus corrientes y arenales enterrarían a cualquier nave intrusa que intentara asaltarla sin conocer los secretos derroteros de su navegación.

El emporio tartesio se afanaba en sus talleres de orfebrería, donde retumbaba el martilleo de los fundidores de metales que cincelaban la plata a la sombra de los toldos. Más allá de los canales se escuchaba la bulla de los curtidores y el voceo de los estibadores del embarcadero, de los salineros y los pescadores.

Una atmósfera de templanza oreaba las aguas del lago Ligur y amansaba la estación que los tartesios nombraban de la Luna Apacible, en honor de la diosa de la fertilidad.

El País del Ocaso, que Berenice creía de leyenda pero que ahora veía que era tan real como ella misma, progresaba gracias a un monarca cuya palabra prevalecía por encima de las leyes de las tribus y los egoísmos de las castas y los señores de la guerra: Argantonio. Refractario a la tiranía, no había tartesio que no lo nombrara con el título de «Padre, Rey y Señor», pues gobernaba con equitativa rectitud.

El soberano había creado la fraternidad de las diez tribus de Tartessos bajo el imperio de unas leyes escritas en oro que guardaban los sacerdotes de Poseidón en la Gran Columna del Templo.

Berenice y Lais se asomaron a la amurada y escucharon los sonidos de la vida cotidiana. Varias galeras reales, en temeraria singladura en busca del estaño, el aliado esencial para la forja del bronce tartesio, salían del puerto rumbo a los mares del norte.

La nao de Korbis enfiló rumbo al puerto sur para visitar el templo de Poseidón y dejar un óbolo de agradecimiento, como hacían todos los marinos del territorio al regresar de una expedición lejana.

Berenice abrió las aletas de su nariz aspirando la brisa del mar y los olores proverbiales de aquella fascinante tierra, y sentía en los pliegues más íntimos de su dolorido corazón, ahora más sosegado, que una nueva vida comenzaba para ella aquel día.

El santuario de Poseidón de Turpa, era un ascua de fulgor, que olía a incienso y cera derretida. Alzado, según Korbis, en las grutas submarinas donde habitaba el dios de los océanos, tenía formas micénicas. Crepitaban los granos en los tizones de los trípodes y se quemaba el aceite en las lámparas. El altar donde se ofrecía la sangre de los toros y los frutos de la tierra antecedió a la Columna de las Leyes Esculpidas, los sagrados decretos de la nación tartésida y los inviolables pactos de los Diez Reinos.

Y dominando el santuario, descollaba la colosal imagen de Poseidón en un carro tirado por seis tritones alados, tan gigantesco que la cabeza acariciaba la techumbre. A Berenice, la presencia del dios, las candelas, el olor de la resina y el silencio, la perturbaban indescriptiblemente.

Estaba en un lugar enigmático y sagrado.

Dejaron la nave varada y en unas barquichuelas se dirigieron a Colobona, una pequeña ciudad ribereña de casas terrosas fundada por el rey Nórax, que parecía pintada en medio de un bosquecillo de mirtos. Un camino de piedras llanas, por donde transitaban jumentos cargados y carros atestados, conducía a la mansión de

Korbis, el comerciante más acaudalado de la orilla.

Berenice comprobó que Colobona era tierra de viñas, de marismas donde chapoteaban las garzas reales y de tierras albarizas, margosas y feraces. Estaba rodeada de verdeantes cerros donde pastaban los caballos, las cabras y las ovejas, tierras de labrantía donde araban los bueyes, y lujuriosas hondonadas por donde corrían riachuelos cristalinos que se perdían en el lago. Volaban por el cielo las flores de los espinos y las bandadas de alondras, y su aire era puro aroma y olía a mar, resina de pino y pámpanos de vides.

Berenice pensó que era un edén de luz, aromas y verdor, y sonrió agradecida a su suerte.

De repente se detuvo sobresaltada.

—¿Es aquello una cueva donde se adora a la Madre? —dijo al ver a unos devotos rezando ante una oquedad oscura con velas en las manos.

—En esa gruta se venera la imagen de Astarté desde hace muchos años. Es un lugar sagrado para nosotros los tartesios —dijo Korbis.

Berenice rogó a Korbis que le permitiera contemplarla de cerca. Ascendió sola por un camino de guijarros redondeados y se plantó ante la gruta que se abría en un pliegue abrupto entre dos sinuosos altozanos. Cerca de ella discurría un arroyuelo cubierto de musgo que nacía de un roquedal próximo.

El plácido resplandor de la mañana, suave como la seda, la iluminaba de lleno. De inmediato notó en sus entrañas la presencia de lo divino, e interpretó las manifestaciones de la Madre en el agua, en las piedras y en el movimiento de las hojas de los árboles. Había encontrado una respuesta satisfactoria a su detenida observación.

Varios cipreses negros, los árboles de Hécate, diosa de la Luna, se balanceaban con la brisa, junto a brezales y follajes de helechos, jaras, romeros y tomillos, entre los que zumbaban las abejas y las libélulas, que se suspendían inmóviles en la entrada de la caverna.

Asomó la cabeza y comprobó que el santuario era un recoleto mundo acuático y rezumante donde no faltaba la piedra ritual de sacrificios, el vaso de las libaciones, las ofrendas votivas colgadas de las paredes rugosas y cenizas recientes de cáñamo, adormidera y laurel para las adivinaciones.

Al fondo, iluminada por una docena de lamparillas de aceite, se ofreció a su visión la negra y venerable efigie de Tanit Astarté. La joven se arrodilló y tocó con la frente el suelo, mientras pronunciaba la oración de la diosa. Un rumor inaudible, salvo para ella, impregnaba el recinto sagrado. Cuando concluyó la plegaria abandonó el oratorio de espaldas, con las manos alzadas y la cabeza inclinada. Al salir al exterior, exclamó:

—Es muy amenazador descuidar y desatender el culto de la diosa, y más aún por dejadez y falta de devoción. Necesita cuidados, ofrendas y atención, y yo se lo proporcionaré.

Korbis, que vio que estaba como transformada, contestó:

—Vuestra llegada a este lugar santo estaba predestinada, señora. ¡Loada sea Tanit, que recibirá el culto que merece!

Berenice supo al instante que aquel rincón rodeado de bancales de flores y cipreses sería el lugar predilecto para emprender su nueva vida de esclava privilegiada.

Korbis era un hombre refinado, un sibarita, que amaba el mar, los perros de caza, la buena vida y los caballos de Xera. Poseía un incalculable emporio de riqueza en Colobona, con lagares, bodegas y tierras de viñedos. Poseía tres mujeres legítimas y varias concubinas, túnicas elegantes, enseres costosos y joyas etruscas; y compartía con Argantonio, su amigo y rey, el amor por Grecia y lo griego, su arte, su ciencia, su filosofía y su historia.

Cuando sus viajes se lo permitían, cuidaba de su familia con afán paterno. Adoraba a su hijo primogénito, Sosián, un esbelto joven con carisma, sentido del humor, intuitivo, de tez morena y ojos grises, y de la misma edad que la tiria.

El muchacho, conocedor de que un día no muy lejano la exótica esclava le pertenecería como un objeto más de su casa, sintió por ella, y desde el primer instante en que la vio, una atracción demoledora, hasta el punto de regalarle con asiduidad aretes y perfumes.

Berenice y Lais vivían en el gineceo de la casa como si fueran mujeres libres, y ayudaban al bienestar de la familia con el trabajo doméstico. A la adivinadora se le permitía, bajo la vigilancia de un esclavo libio, visitar diariamente el santuario de Tanit, donde permanecía horas y horas entre rezos, cuidados a los devotos y meditaciones.

Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba y las estaciones se sucedían una tras otra, Berenice se hizo imprescindible en el tabernáculo de la cueva, donde hacía sus predicciones privadas. Las energías que invertía con los desheredados eran inagotables e incluso milagrosas.

En su vida anterior estaban ausentes las grandes experiencias, pero cada día que transcurría sentía en Colobona la emoción de lo nuevo. Muchos de los que acudían asiduamente a la gruta sagrada le solicitaban su consuelo y la interpretación de sus sueños, y pronto se corrió la voz por el río y el lago, de que una mujer sabia llegada de Oriente ocupaba de nuevo el oráculo de Astarté.

Agradecidos por sus bondades la cubrían de dones, donativos, monedas de plata, palomas y limosnas que ella empleaba en ensalzar a la diosa y dignificar el lugar. Y la única codicia que su corazón era capaz de concebir no era la del oro con el que la retribuían, sino el tiempo que pasaba con los que acudían a rogar a Astarté, la Madre, y oír el consuelo de su voz. Por eso la amaban, la necesitaban y la adoraban por su sencillez, caridad y sabiduría.

Aprendió a hablar un tartesio elemental, y empleando el griego y el cananeo *sidonín* —fenicio— que se hablaba en Gadir, conversaba con las gentes, escuchaba

sus penas y sus desconsuelos, interpretaba sus visiones, auguraba eventos familiares y sosegaba los corazones inquietos de los lugareños, que hablaban maravillas de sus capacidades proféticas y la veneraban como un mujer sabia e hija predilecta de la Madre Tierra.

Cuando dejaba el santuario, sesteaba bajo el sol, escuchaba el zureo de las palomas y platicaba con las gentes del poblado, mientras los hombres pescaban o trabajaban la plata y las mujeres se sentaban en el frescor de los hogares. Por la tarde se sentaba bajo el emparrado de la casa de Korbis, oliendo el aroma a cestro, la planta que aromatizaba la noche, y comía pescado asado y trasegaba con hidromiel.

Amaba la brisa que soplaba del lago, emanando olores a ciprés, viñedo y pinar, en tanto miríadas de luminarias titilaban en el firmamento.

La caída de la noche calmaba el mar y las voces de los barqueros y Berenice se magnetizaba con los reflejos de la luna bailando en la línea de las aguas.

Conforme pasaban los meses, personas de toda condición arribaban de las aldeas del río Tertis en las panzudas gabarras de pesca, arremolinándose cerca de la cueva de Astarté, donde Berenice hacía sus predicciones. También la visitaban nobles de Gadir, de Xera, Ispali, Ugía y Turpila, que aguardaban un don mágico de la Dama, que estaba firmemente persuadida de su elevado destino.

Muy pronto fue conocida en ambas orillas del río como «la sibila de Colobona», la que conocía las señales de la Madre.

Alrededor del santuario se respiraba la benignidad del silencio, exclusivo de los recintos prohibidos, y la emoción de la sagrada clandestinidad, cuando Berenice se ponía en contacto con la diosa Tanit, la Gran Madre.

Lais había sembrado alrededor del oráculo un sugestivo jardincillo con granados, y habían alzado una fuente para que los peregrinos pudieran saciar su sed sin encorvarse en el manantial, donde también bebían las bestias. Una subyugante quietud oreaba desde entonces en la gruta de la sibila de Colobona, que se convirtió en el lugar adorado por las gentes.

Habían transcurrido tres años desde su llegada a aquella tierra desconocida y Berenice era toda una celebridad y una mujer madura de belleza espléndida. Se entusiasmaba por cuanto le rodeaba, hacía amigos constantemente y se preocupaba de los niños y de los más necesitados.

Berenice solía ataviarse como correspondía a la sacerdotisa de la Gran Madre. Sombreaba los párpados con tintura de antimonio y la cara la esclarecía con pasta blanca de cal. Nunca olvidaba sus amuletos, ajorcas de oro y collares de ámbar y plata que representaban las constelaciones. Sólo ella comprendía la importancia de los símbolos y en especial de la flor de loto, la inmortalidad, y la serpiente, la alegoría de la Madre Tierra.

Provocaba las confesiones y confidencias de los que se encontraba, y sus bellos ojos verdes eran dos faros que todo lo atraían. Sus pupilas ardían y su voz vibraba de pasión cuando predecía el devenir.

Había adoptado a dos niñas a las que la vida había maltratado injustamente, que dedicó al culto de la imagen negra y sedente de la diosa oculta en la gruta. Se trataba de una figura ibera con la cabeza circundada de rayos dorados, muy venerada en el lago desde tiempos inmemoriales. Incorpóreas volutas de incienso, cubrían de humaradas la venerada efigie de la Altísima, iluminada por dos lámparas que colgaban del techo de la cueva y que Berenice había hecho traer de Gadir.

Nadie conocía el pasado de la tiria, ni de donde había llegado. Sólo sabían que era extranjera, que provenía de Oriente y que pertenecía a la casa de Korbis, el mercader.

Una mañana se presentó en el oráculo un ostentoso comerciante de la ciudad vecina y aliada de Gadir que había llegado de madrugada y que esperaba nervioso su comparecencia. Lo escoltaba un nutrido grupo de guardianes, esposas y secretarios, y era conducido en una litera por cuatro nubios.

Inmediatamente Berenice adivinó que era de Tiro por su indumentaria y por el gorro frigio color escarlata con el que cubría su pelo ensortijado. Pero ella, muy sensible con su secreta identidad, no le reveló nada de su pasado.

Berenice estaba sentada bajo un quitasol dorado. Era la pitonisa de Colobona, y se sentía inmune como una esfinge tebana. Una estola amarfilada le llegaba desde la cabeza a los pies y un peinado altísimo y rematado por una tiara de plata, realzaba su excelsa figura. El fenicio se inclinó ante ella y tocó el suelo con las manos enjovadas.

El mercader le confesó que, después de huir de Tiro, los peores presagios lo asaltaban cuando yacía en su lecho, causándole terrores nocturnos, por lo que le rogaba una interpretación de aquellos terribles ensueños. La pitonisa aclaró las causas de sus pesadillas balanceando su cuerpo hacia adelante y hacia atrás, como solían hacerlo las pitias de Tanit. Mientras lo explicaba en un vacilante cananeo de Sidón, sentía en su pecho la fría sensación de la palabra de la divinidad. Una evocación cargada de recuerdos de Tiro casi hizo llorar a la adivina, que se los interpretó satisfactoriamente y recibió del tirio una dadivosa limosna y una expresión abierta y franca.

En un raptó de curiosa inspiración preguntó:

—Entonces, señor, la causa de haber dejado Tiro ha sido la guerra. ¿No es así?

—Como os he narrado, hace un año —le refirió en tono compungido—, el rey persa Asurbanipal subió los impuestos a las ciudades fenicias de Biblos, Sidón y Tiro. Ellos aceptaron, pero los tirios nos negamos a pagar tan abusiva carga. Despachamos a los emisarios persas y cerramos la ciudad a sus productos y embajadores. Inmediatamente ocuparon la ciudad militarmente y tomaron represalias contra nuestros gobernantes. La tienen secuestrada desde entonces.

—Me entristecen vuestras palabras.

—Ha sido como recibir la picadura letal de una serpiente venenosa en nuestros intereses y en nuestras vidas, mi señora. Nos asediaron durante dos meses, y al fin hubimos de rendirnos sin condiciones. Luego saquearon la ciudad sin contemplaciones. Fue un horror.

—¿Se atrevieron a profanar el templo de Astarté? —se preocupó la pitonisa.

—Fue lo único sagrado que respetaron, pero mataron a muchos tirios y, cómo no, a todos los miembros del Consejo Real, a los que además confiscaron sus bienes. Muchas familias y la mayoría de los mercaderes nos vimos obligados a salir de Tiro, y desde hace un año vivimos en el exilio de las colonias de Chipre, Marsalia, Cartago o Gadir. ¡Malditos bastardos persas!

Berenice ahogó una exclamación de sorpresa, pero se estiró en su sitial como si un alacrán la hubiera picado. Se puso en estado de alarma.

—¿Y decís que mataron a todos los del Consejo? ¿No sobrevivió ninguno?

—Ninguno. Y nos han impuesto como rey de Tiro a un tiránico gobernador persa que nos humilla, tiraniza, mata por capricho y que oprime con sus vejaciones e impuestos excesivos.

El tirio se extrañó del interés por los asuntos de Tiro. Frunció el ceño y le preguntó con respeto:

—¿Acaso provenís de Tiro, mi señora? Vuestro aspecto y acento es indudablemente del Líbano.

Berenice guardaba un secreto inconfesable en los dobleces más íntimos de su alma, y mintió.

—No, frecuenté en mi infancia Ushu, el poblado pesquero cercano a Tiro, donde mi padre era tintorero y productor de púrpura, antes de trasladarnos a Siracusa. Nos visitaban familias tirias, como la de Aaronit de Akkar, con el que compartía negocios. Traté alguna vez a su hija, que era de mi edad, y entablé con ella una relación de amistad. Creo recordar que era hombre de confianza de los sufetes de Tiro. Los recuerdo con agrado.

El fenicio calló y reflexionó unos instantes, luego le informó con una mueca de pesar:

—Sí, Aaronit perdió a su esposa y a esa hija que decís, hace tiempo, y de un modo atroz.

—¿Atroz decís?

—Así es. Fue capturada por unos piratas y ya nada de ella se supo jamás. Su padre creyó morir de dolor, y aunque ofreció una recompensa considerable, ningún marino fenicio ha logrado hallarla. La buscó por los prostíbulos del mar Egeo y por el norte de África, sin éxito alguno. Terrible.

—Sombría historia. Que la diosa la tenga bajo su amparo —dijo Berenice, a la que se veía nerviosa—. ¿Y decís que Aaronit murió en ese asedio?

—Yo lo vi colgado en una puerta de las murallas con mis ojos, mi señora. Fue ejecutado con los demás. A sus esposas, entre ellas una agraciada egipcia de gran belleza, las vendieron como esclavas en un famoso burdel de Menfis. Se comentó mucho entre los exiliados. Y otras esposas e hijas de consejeros corrieron igual suerte. ¡Trágico y cruel, creedme!

Berenice dominó sus lágrimas y aceptó su estrella. ¿Acaso la diosa la había

librado de un destino pavoroso? Pero se sentía como una huérfana y su ánimo se derrumbó.

—Gracias. Que la paz reine en vuestro corazón.

Y entró en una hermética cavilación, en tanto el fenicio se retiraba en silencio con su comitiva.

Berenice pensó que el hado había castigado a la diabólica Nefer como merecía, pero ella no la exoneraba de su crimen. No había buscado nunca la venganza y había dejado ese cuidado a los dioses: «Toda maldad es pagada en la vida, pero es una satisfacción que me durará poco».

—Tanit que os protege ejecuta en silencio su venganza, señora —quiso consolarla Lais, acariciándole el brazo—. Esa arpía ha obtenido su premio: ¡Putas en un burdel egipcio! Lo merecía, y a vuestro padre que Baal lo perdone. Yo, no.

—Te comprendo, Lais —contestó abatida—. Pensaba algún día regresar a Tiro si conseguía la libertad, pero ahora sé que moriré en esta tierra, que ya amo como a Tiro.

—Ya no nos queda nada ni nadie en ella.

—Siento, Lais, la más terrible de las orfandades y ya no deseo volver jamás al Líbano.

—Son excesivos los malos recuerdos —confirmó.

Regresaron a la casa de Korbis, pero Berenice lo hacía con la mirada apenada. El semblante lánguido que adornaban las joyas de oro de sus menudas orejas y de su cuello revelaban abatimiento y nostalgia.

Comenzó a llover al poco y las aguas se derramaban a cántaros, como el llanto de una diosa enojada. A las dos mujeres les corría a borbotones por la cara, mientras el barro les enlodaba las ropas y las sandalias. Al presentarse en la morada de Korbis, empapadas y ateridas, Sosián que estaba en el pórtico se apenó de verlas caladas hasta los huesos.

—La amada de la diosa, aunque sea esclava, debe ser protegida. Desde mañana iré cada día a recogeros.

Berenice notaba que el hijo de su amo había contraído hacia ella una desmesurada admiración e ignoraba si es que era atraído por la gravitación de sus dones proféticos o por su esplendente belleza.

—Es grande la amabilidad del señor Sosián para conmigo —dijo mirándolo a los ojos.

Luego pensó en su padre dolorido por su rapto y ajusticiado por los persas, un hombre dominado por el dinero, el placer y el ansia de poder, y por aquella encantadora de hombres que era Nefer y que ahora penaba sus culpas en un prostíbulo de su tierra, si no había muerto ya de tisis, o asesinada.

Avanzaba la tercera luna de la primera estación. Una densa calina oreaba la atmósfera. En Colobona crecían las juncias y en el lago brillaban las velas granas de las naos tartesias que zarpaban hacia la Atalaya del Vigía, el faro observatorio donde

acechaban la aparición de los piratas africanos y el tránsito marino hacia Turpa.

Como cada mañana, Berenice y Lais se presentaron en la cueva de la diosa de Colobona, donde ya la aguardaban las gentes del lago para consultarle sus sueños y rogarle sus augurios sobre casorios, hijos, viajes y siembras.

Desde el promontorio se divisaban los mástiles de las naves de Turpa y se escuchaba el chirriante y familiar concierto de las cigarras. Un tufo aromático a tomillo y hierbabuena procedente de los montes flotaba en el ambiente.

Súbitamente, entre el murmullo de los suplicantes, se escuchó el sonido de unas trompas marinas. ¿Qué significaba aquel inhabitual bullicio?

—¡Es la galera real! —anunció una mujer—. Seguramente el rey se dirige al templo de Noctiluca a orar, o a consultar a las sacerdotisas del templo de Lucero.

—Pues se ha detenido cerca de aquí —arguyó otra sorprendida—. ¿Vendrá a veros, señora?

No pasó mucho tiempo para salir de dudas. Algunos seguidores corrieron a anunciar a Berenice que el monarca de Tartessos se dirigía al santuario de Astarté. No cabía mayor honor.

—Es raro —dijo uno alterado—. Argantonio suele visitar el oráculo de Menestheo y a la sibila de Noctiluca. Jamás lo vimos en este oratorio.

Una cohorte de soldados y heraldos con lanzas en las manos se abrieron paso, precediendo a Argantonio. Compareció frente a la cueva bajo un quitasol anaranjado y acompañado por el sumo sacerdote del templo de Poseidón, Hilerno de Astia, un viejo decrepito de piel apergaminada, y su consorte Erguena, una fascinante mujer de mirada fría, hermosa e inaccesible, de la belicosa estirpe de los *gymnetes* de las tierras del este, en los confines de Tartessos.

Desposada con el monarca por un pacto tribal, pasaba por ser una mujer muy piadosa de los dioses. El soberano era un hombre de alta estatura, impecable, estirado, de barba entrecana y semblante estilizado.

Sostenía en su mano derecha el sagrado *Gereb*, un rollo de cuero ribeteado de oro que encerraba un papiro con el patrimonio heredado de sus antepasados y el poder sellado que lo legitimaba ante la nación como el soberano de los Diez Reinos. En la otra mano empuñaba el báculo de sus ancestros: Gerión, el de los toros rojos; Norax, el colonizador; Gágoris y Habis, los legisladores, y se ataviaba con la vestidura sacerdotal y los aderezos de oro purísimo, pectorales y brazaletes que lamidos por el sol refulgían como astros.

Aquel hombre distinguido poseía una mirada altiva, aunque un atisbo de melancolía en sus pupilas denotaba la soledad de los que gobiernan.

Se sentía amado por el pueblo, al que había conducido a la concordia y a la abundancia, por lo que sonreía con gesto apacible, recibiendo halagado el clamoroso recibimiento.

—¡Argantonio! ¡Argantonio! —clamaban.

—¡El rey solicita la presencia de la adivina!

La pitonisa acudió solícita a recibirlo. Le besó la mano y le dedicó su sonrisa afable y seductora.

—Que Tanit, la celeste Señora de los Tronos, os proteja. ¿Qué desea mi señor Argantonio de la diosa?

—Comprender el significado de un sueño que reiteradamente asalta mi descanso. Vuestra fama os precede en este reino y sé que pertenecéis a la casa de Korbis el navegante.

—Pasad a la cueva, os lo ruego, y contadme vuestras pesadumbres, mi excelente señor. Pero hacedlo con la humildad de un mortal —le recomendó—. Os halláis donde el caos dio origen a la vida, la morada de la Madre, la señora de la Vida, la Muerte, el Destino y la Fuerza.

—Depositare ofrendas en el santuario como agradecimiento, y después os consultaré —expuso el rey, y le entregó una bolsa con granos de oro y un cuchillo sacrificial de bronce y plata.

Descendieron por unos peldaños ruginosos a un templo natural del tamaño del salón de una casa, de paredes rocosas que chorreaban un fluido salitroso. Berenice portaba en la mano una tea. En unos instantes pasaron de las más siniestras tinieblas a una luz serena, y el soberano sintió que el frío le subía por la espalda refrendando la insignificancia de los mortales ante la presencia de lo divino.

En el recinto subterráneo reinaba una armoniosa paz y se percibía una fuerza invisible. Contempló magnetizado cómo, entre las oquedades calizas, fulguraban exvotos de la diosa donados por los adoradores. Y hundida en las profundidades, se adivinaba la silueta de una estatua negra de la diosa Tanit Astarté, con la flor de loto en la mano, la alegoría de la eternidad, que imponía por su sencillez, no exenta de magnificencia.

Argantonio observó la belleza de Berenice, que se tocaba con una diadema de gemas, calzaba altos coturnos y se engalanaba con una túnica color malva. Olía a perfume de cilantro y resaltaba el cinturón virginal de oro y un collar argentado con cuatro signos que representaban las fases de la luna. Era una mujer enigmática y sublime y dos serpientes de oro se enlazaban en sus brazos. Después desvió su mirada hacia el hombro desnudo de la pitonisa, donde contemplo la marca de la inmortalidad de las mujeres sabias, la misma que esgrimía la deidad en su mano. Sin duda estaba poseída por la diosa.

Al verlo tan desolado y desalentado Berenice abrió su corazón al monarca de Tartessos:

—¿Qué os atribula, mi rey? Decidme —preguntó tronando su voz con el eco de la gruta.

Argantonio, en un griego perfecto, se expresó con pesadumbre y respeto:

—Desde hace meses, cuando me hallo profundamente dormido, aparece en mis sueños un caballo que viene cabalgando de levante, galopando junto al sol naciente. Es alado y blanco, como Pegasus, y se le enfrenta otro negro, con garras en vez de

pezuñas. Intento montar al blanco y protegerlo del negro, pero se niega y me derriba, y luego regresa otra vez por el este, relinchando y bufando.

Berenice, grave y reflexiva, le indicó:

—Caballos son sinónimos de aventuras y de largos periplos, señor. La diosa no duerme ni de día ni de noche, y las vidas de los hombres son soplos en la eternidad. Indagaré sobre el significado de vuestro sueño, Gran Roble que cobija a los tartesios.

—Os ruego vuestro auxilio, señora —le imploró.

—Habéis de saber que no existe fuerza ni virtud humana que pueda impedir lo que ha prescrito Adrastea, la diosa del destino. Aguardad.

La sibila enmudeció y prendió con fuego sagrado el pebetero ritual del que salió humo que olía a resina y romero, y tan denso que congestionaba la garganta. Lo mezcló con briznas de cañamo del Ganges y laurel, e hizo una libación, densa como la melaza, en una copa de arcilla, vieja y ajada. Luego se cubrió la cabeza con el velo de la adivinación.

Berenice bebió de la copa de piedra, que consumió de un trago, y derramó una parte en la piedra lisa. El cuerpo de la sibila se estremeció, su semblante de suave tersura se trocó en inmensamente pálido, y prolongados suspiros brotaron de su boca, junto a la oración votiva.

Argantonio abrigaba la sensación de que de un momento a otro iba a ocurrir algo verdaderamente extraordinario, o que la pitonisa emitiría un presagio funesto. Pero Berenice cerró los ojos y, sudorosa, cayó en un mutismo amedrentador que duró una eternidad. El soberano sintió temor.

Tras unos instantes de recogimiento abrió púdicamente los párpados. Era aquel vacío de vida lo que siempre le producía un doloroso pavor. Con ojos invisibles pero clarividentes y con un tono de cansancio en la voz precipitó su augurio con un eco lúgubre que impresionó al solicitante:

—He visto en el horizonte lejano a nautas griegos con el rostro pintado de rojo que avanzan con sus naves por el mar Interior, sorteando peligros, sobreviviendo a tempestades y eludiendo a los *gaulós* fenicios de Gadir, los de los grandes ojos pintados. Desean conocer al pueblo de la paz y a vos, cuya fama es reconocida en la Hélade. Y vendrán a Turpa. Grecia desea regresar al país de leyenda que ya visitaron los héroes de Troya.

Argantonio permaneció pensativo unos instantes tratando de adivinar el alcance de la predicción. Era demasiado valioso para ser cierto.

—¿Navegantes griegos en Tartessos? —se sonrió irónico—. Sería una confusión de las leyes que rigen el mundo. Es muy poco probable, mi señora. Es más, yo diría que imposible. Mis socios, aliados y amigos, los fenicios de Gadir, no permiten que los griegos vulneren sus rutas, y se lo impiden con su flota de barcos desde hace años.

—No importa, Pastor de Hombres. Ya están de camino —insistió con gran pasión.

—Exculpádme, pero no traspasarán nunca las aguas más allá de Marsalia o

Emeroscopión. Jamás un griego cruzará las Columnas de Hércules, mientras exista un fenicio por estos mares.

—Pero vos lo deseáis. ¿No es así? En Tartessos se asegura que mostráis una incondicional reverencia a cualquier forma del arte y la filosofía de los griegos.

La faz del rey se mostraba inexpresiva.

—¡Claro! Soy un filohelena suficientemente reconocido —respondió—. Amo su ingenio, su moral, su vida, su poesía y su historia. Vivo rodeado de enseres, estatuas y libros griegos, y sueño con mantener tratos comerciales y personales con ellos desde que era un niño. Pero ese presagio jamás se cumplirá, os lo aseguro. No es un asunto tan sencillo como vos lo veis.

Pero grabó en su cerebro las herméticas palabras, a pesar de dudar de ellas.

—Sacrificaré un toro blanco y un toro negro, símbolos del día y la noche, en el ara de Poseidón, para que se cumpla vuestro improbable augurio. Y los sacerdotes ejecutarán las aspersiones rituales con sangre de las reses inmoladas. Ayudaremos a la diosa, pero este reino está en el fin del mundo, ese adonde los navegantes griegos no llegan.

—Es la diosa quien ha hablado, no yo.

El soberano le volvió la espalda agradecido, bebió de la fuente sagrada y se dirigió hacia la nave entre los homenajes de sus súbditos que lo acompañaron hasta la orilla. Berenice estaba orgullosa del encuentro y firmemente persuadida de que su profecía se cumpliría. ¿Pero cómo?

Sólo la diosa Tanit lo sabía.

La bruma matutina que ocultaba las colinas se había disipado.

Argantonio tuvo una loable paciencia con la predicción de la sibila. Pero pasaron las semanas y no se cumplía, tal como él mismo le había confiado en la gruta sagrada. Sus sacerdotes, profetisas y oráculos lo apabullaron con críticas despiadadas hacia Berenice, y se reían de ella en palacio.

—¿Qué es? ¿Una pitonisa? ¿Una embaucadora? —se preguntaba el sumo sacerdote.

—Posiblemente una arribista que se aprovecha de los pobres atribulados —dijo el rey.

—Deberíamos prohibirle el ejercicio de su nigromancia, mi soberano —pidió el sacerdote.

—Esperaremos acontecimientos, Hilerno.

Y el nombre de Berenice sirvió aquel día de chanza y jolgorio entre los cortesanos de Turpa.

Sin embargo, no habían pasado tres lunas, cuando un mensajero llegó exhausto al palacio del soberano. Traía un mensaje insólito que nadie creía, y que a todos maravilló por su improbabilidad. No estaban acostumbrados a noticias tan extraordinarias.

—Una nave griega, creemos que de Samos por su vela roja, ha burlado el cerco

fenicio y el cartaginés, y tras extraviar el rumbo, ha atracado en el fondeadero sur de Turpa, mi señor.

El príncipe tartesio se resistía a admitirlo, pero compuso un gesto de entusiasmo y de sorpresa.

—¿Qué un barco griego se halla en Tartessos? —preguntó el rey—. ¡Loados sean los dioses luminosos!

—Ha causado una gran conmoción entre la marinería, mi señor, y lo aclaman en el puerto.

—¿Y cuál es la identidad de ese nauta?

—Dice llamarse Kolaios, *naukleros* de Samos, y admitiendo vuestra reputación y fama, pide comparecer ante vos, mi rey.

Argantonio calló, y tras unos instantes sabiamente destilados, anunció:

—Los recibiremos pronto, ya que así lo han determinado los dioses, pero dudo lo de su pérdida en el mar. ¿Accidente? ¿Arrastrado por el mar a estas costas? Estos experimentados marinos griegos conocen hacia donde navegaban, y saben muy bien que la flota fenicia aún no ha partido hacia occidente, y que el mar se halla libre por el mal tiempo. Pero me alegro mucho de su presencia entre nosotros.

—Evidentemente Cartago y Gadir dejan en estos meses fríos algunas rutas libres por la costa africana y muy pocos lo saben —terció el sacerdote de Poseidón—. Parece un objetivo prefijado.

—Osado y astuto ese Kolaios —replicó el rey.

—Como un Ulises reencarnado, mi gran señor —dijo el sacerdote que ya preveía pingües negocios.

La reina Erguena, mujer de carácter que no olvidaba las ofensas a la extranjera y predilecta de la diosa, le recordó a su esposo el soberano:

—A propósito, ¿no hace unas lunas que la sibila de Colobona os lo predijo? Es un vaticinio asombroso. En esa mujer reinan jerarquías misteriosas, os lo aseguro, mi señor.

—Incluso la acusamos de insensata soberbia, de vanidad y de no entender de asuntos de estado —recordó el sumo sacerdote de Poseidón.

Se hizo el silencio en el salón del trono.

—¿No os parece admirable, mi rey y esposo?

Argantonio le sonrió inquieto, pero confesó:

—Yo no la creí, ciertamente, pero ahora la respeto, la temo y la admiro, mi querida Erguena. El día que visité el santuario llegué a acomplejarme por su sabiduría e inteligencia, e incluso pensé que me engañaba y que fingía un voluntarioso interés.

—Deberíamos concederle más crédito a esa pitonisa —aconsejó la reina—. Incluso sería justo que pusiéramos en marcha un mecanismo real de compensación, mi señor. Lo merece.

Argantonio se quedó pensativo recordando la predicción de Berenice, mientras los sacerdotes bajaban la cabeza y aceptaban la sabiduría de la tiria. Al monarca

tartesio se le veía inquieto, pero honrado y dichoso.

El prestigio de la tiria había alcanzado su cénit.

Argantonio rogó al rapsoda que tañera su lira de nuevo y prosiguiera con el himno de los Argonautas y su Vello de Oro. Pero su mente estaba puesta en la sibila de Colobona.

Turpa se hallaba en estado de excitación con la llegada de Kolaios de Samos a la capital tartesia a bordo de su pentecontera de casco carmesí, la «galera roja», como la había apodado el pueblo.

El día de su recibimiento en la residencia real, Kolaios se esforzó en negociar con el soberano una futura ruta comercial entre Samos y Tartessos, idea que halagó a Argantonio, con el que el griego había abierto una brecha de espontánea amistad.

Pero nada dijo de su aventura y de cómo había llegado a Turpa eludiendo el cerco fenicio, aunque ya corría por la ciudad la certeza de que había comprado a un náufrago perdido —por un pellejo de agua y una bolsa de víveres— un mapa con los vientos propicios, los días vacíos de navegación fenicia, y la ruta exacta que seguían las naves de Tiro para alcanzar las costas de Tartessos, la tierra de la fortuna y de la abundancia.

Aún así lo consideraban un nauta sagaz y atrevido y lo agasajaban como a un héroe.

—Desde que Ulises y Teucro arribaran a estas tierras y Hércules consumara aquí mismo tres de sus doce hazañas: el rapto de los toros de Gerión, el exterminio del can Cerbero y el robo de las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, estos parajes ha ejercido un gran influjo sobre los navegantes de la Hélade, mi señor —le aseguró Kolaios—. Siempre ambicioné llegar hasta estos territorios de tan pródiga riqueza.

El rey estaba muy complacido, incluso honrado y cubrió de deferencias y de plata al samio.

—Muy ventajosos mercados se abren para mi nación y para Grecia —aseguró Argantonio satisfecho—. Seréis mi huésped y nos hablaréis de la Hélade. Hoy es un día de fiesta para este rey y para su pueblo.

Pero de lo que se trataba era de abrir un cuantioso comercio de objetos de oro, bronce, sedas y armas, una fortuna que llenaría las arcas de Tartessos. Esa y no otra era la cuestión de estado que tanto anhelaba Argantonio.

Dormía aún Berenice, envuelta entre sábanas desordenadas y descubriendo su desnuda piel aceitunada cuando entró Lais en la alcoba, a pesar de que aún prevalecía la oscuridad azulada de la aurora.

Una tenaza de nerviosismo ató su garganta cuando franqueó la puerta de la alcoba de Berenice, pues no deseaba despertarla, aunque la noticia era de una importancia mayúscula. No todos los días recibían un presente de un monarca tan poderoso como Argantonio. Y éste parecía significativo.

Los bucles oscuros de su pelo exhalaban un perfume a nardos que arrobaba. De improviso se despertó sin sorpresa, aunque extrañada por la aparición de su sierva.

¿Qué ocurría?

—Esto lo ha traído un doméstico del rey, junto a un pequeño cofre y un presente de la reina —dijo impresionada y en voz queda—. ¿No os extraña?

La sibila se incorporó, esbozando una sonrisa.

—El buen rey de Tartessos no creyó el presagio de la diosa y hoy las velas rojas de Samos flamean en Turpa. El destino nos es favorable, Lais.

Berenice asió el papiro escrito en griego y lo leyó en voz alta, para que su amiga escuchara:

Argantonio, cetro y amparo de los Diez Reinos, amado de los dioses luminosos y soberano de la nación tartésida, a la Muy Sabia, Berenice de Tiro, sibila de Colobona, que está señalada con el símbolo de las inmortales. Hoy somos aún más devotos de Astarté Marina y yo un servidor de vuestra sabiduría. Aceptad este presente que sólo paga una ínfima parte de los bienes que puede recibir Tartessos con vuestro certero augurio.

Loada sea la divina Luna y que Poseidón y Astarté os cubran con su manto de bondad.

Berenice abrió la arquilla con ansiedad y sus ojos admiraron asombrados tres brillantes lingotes de plata pura con el distintivo real: una cabeza de toro. Al lado se hallaba una bolsita de piel de cervatillo, que debía ser el presente de la reina Erguena, un collar con tres medallones: uno que representaba la luna, otro el sol y otro el lucero del alba, las tres divinidades que adoraban los tartesios.

Los contempló embelesada por su magnificencia, dejando correr una lágrima por sus pómulos. Luego, emocionada reveló a su esclava algo que deseaba participarle hacía mucho tiempo:

—Querida Lais, he aquí lo que precisábamos para lograr al fin nuestra ansiada libertad, la libertad plena —aseguró, y las dos se fundieron en un llanto silencioso.

Había sido su máxima ambición desde que la apresaran los piratas, por eso miró a Lais con extremada ternura y se secó los ojos humedecidos.

Berenice se vistió y aderezó, y aguardó en el patio a que compareciera Korbis, al que cumplimentaba todos los días antes de encaminarse al santuario. Estaba elegantemente vestida y tan provocadoramente hermosa como una diosa pagana.

Aunque seguía siendo una esclava, y jamás lo olvidaba, estaba más feliz y dichosa que nunca. Aspiró el perfume de los sicómoros, de las rosas, de las asclepias y los cidros, y se arrulló con el canto de los pájaros que anidaban en los cipreses.

A lo lejos divisó los campos próximos. La trilla del trigo hacía que una bruma dorada, junto a la paja aventada y la luz matutina, compusiera un escenario irreal y mágico, como correspondía al excepcional momento.

Una criada le sirvió, como cada mañana, hidromiel caliente, pan recién horneado y unas calas de melón. A la pitonisa le encantaba las sutilezas culinarias de aquella pródiga tierra, que ya consideraba su paraíso particular.

Apareció Korbis, y Berenice, con fría formalidad, lo saludó, y abriendo el cofre

regalado por el rey le expuso con firmeza:

—Mi señor Korbis, desde que llegué a esta tierra no he recibido más que atenciones de vuestra familia, pero lo que desea una esclava no es otra cosa que alcanzar su libertad.

—Claro está, aunque sólo es digno de libertad quien sabe conquistarla cada día, y la señora lo hizo desde el primer momento en el que la compré.

La tiria sonrió tímidamente, pero fue al grano.

—Veréis señor, siempre pensé que las cadenas de la esclavitud solamente atan las manos, puesto que es la mente lo que nos hace libres o esclavos —dijo, y luego declaró implorante—: Argantonio ha tenido la largueza de pagar un favor de la diosa enviándome este regalo —y le mostró los lingotes de plata—. Según las leyes escritas en el templo de Poseidón de Turpa y por las que se rigen los súbditos del reino, todo esclavo, si salda lo que pagó su amo por él, es libre en el acto. Tomadlo y concedednos a Lais y a mí la ansiada liberación, os lo ruego con humildad.

Korbis, parecía no haberse sorprendido. Su oscuro rostro y su boca fina habían adoptado la forma de una mueca irónica.

—¿Os habéis sentido esclava alguna vez en esta casa, señora? —le preguntó de forma ingenua.

Berenice estaba evidentemente agradecida.

—Nunca. Siempre he vivido libre entre vuestra gente —reconoció sincera.

—No es necesario que la compréis. Aguardad —le dijo, y desapareció misteriosamente en la mansión, dejándola perpleja.

¿Habría dificultades para su liberación? ¿Deseaba cambiar de tema bruscamente? ¿Se opondría a los preceptos de su soberano?

Regresó el tartesio al poco con un papiro amarillento en la mano, y tomó una actitud paternal y afable, incluso triunfal.

—Aquí tenéis este documento, presentado en el templo y validado por el sumo sacerdote Hilerno de Astia, en la misma luna y el mismo año en que llegasteis a Colobona. Siempre habéis sido libre, Berenice. Era mi pago por vuestra predicción de Siracusa, donde salvasteis una carga que valía más de cien talentos de oro y nuestras vidas.

—¿Y por qué lo silenciasteis? No lo comprendo.

Korbis le sonrió y obsequioso le tomó la mano.

—Si lo hubiera hecho, ¿dónde habríais acabado sin conocer nuestra lengua, sin dinero y sin amigos? Lo haría en su momento oportuno. Y si seguíais en mi casa era sólo para protegeros. Erais una mujer indefensa en un país extraño. Y vos y Lais corríais peligros evidentes.

—Sois un hombre excepcional —reconoció.

—Creedme Berenice, para mí constituía un honor que todo Tartessos uniera vuestro nombre con el mío. Guardaos ese tesoro para honrar a la diosa. Es mi regalo de manumisión. No lo quiero.

En el rostro perfecto de Berenice se abrió una amplia sonrisa de agradecimiento, que hizo besarle la frente con afecto.

—Vuestra generosidad me abruma. Me habéis devuelto el deseo de vivir y recompuesto mi alma rota por acontecimientos terribles. Gracias a vuestros afectos no he sucumbido a la locura.

Korbis se mostró de frente a su hermosa cara.

—¿Y qué vais a hacer ahora que conocéis vuestra situación de mujer libre? —se interesó.

—Pues dedicar esta plata a levantar un santuario y una morada para Lais, para mí y para un grupo de jóvenes tartesias con envidiables cualidades para comunicarse con los dioses. Siempre fue mi ilusión —le informó jovial.

Korbis sabía que el corazón de Berenice era dificultoso de conquistar. Un territorio virgen por seducir. Una mujer huidiza e inaprensible, que difícilmente exteriorizaba sus emociones.

—Disculpad si, como un intruso, me inmiscuyo en vuestra intimidad. ¿No pensáis en contraer matrimonio? —se interesó extrañamente.

Le pareció irreverente la pregunta, pero contestó jovial ante la inoportunidad de la petición:

—Estoy dedicada a Afrodita Astarté desde que mi madre, la compasiva Casandra, me ofrendara a ella en su templo de Tiro. Aquel día le ofrecí mi virginidad, y virgen y célibe deseo morir. Toda mi vida la destinaré a interpretar su voluntad y a sosegar espíritus turbados.

—Lo comprendo —replicó con afabilidad.

La profetisa mantenía la cabeza alta.

—No soy una mujer fácil con la que se pueda convivir. Las pitonisas nos abismamos en confusas incoherencias y padecemos trastornos de ánimo. La melancolía entorpece la trabazón de nuestras ideas, y mi mente se agita caótica en muchas ocasiones, como una clepsidra desquiciada. Eso no lo comprendería el hombre con el que estuviera casada. ¿Entendéis?

—Siempre he sentido temor por vuestro quehacer. Os envidio —dijo el comerciante—. Pero quizá un buen esposo podría acompañaros en vuestra nueva vida.

Berenice insistió en su negativa. Su expresión era altiva y exaltada.

—A veces aguardo la muerte como una liberación, creedme, pues escuchar las palabras de lo divino te usurpa parte de la vida. Cuando reflexiono en la soledad de la cueva, un escalofrío ingrato se instala en mis entrañas. Y mis horas transcurren entre la confusión de la desolación y la angustia. Por eso no podría entregar jamás mi corazón a un hombre.

En un tono reverente, Korbis le respondió, desvelando al fin sus verdaderas intenciones.

—Sois una persona asombrosa, y sé que las penurias no os han hecho más

conformista, sino insumisa y prudente. Pero no puedo dejar de confesaros que mi hijo, Sosián, estaría dispuesto a romper su compromiso con una muchacha de Turpa con la que tiene promesa de casorio, si le concedéis el honor de convertirlos en su esposa. Mi familia estaría infinitamente honrada. ¿Lo meditaréis al menos?

Berenice estaba turbada, pero en esos asuntos no se comportaba con sensatez. No admitiría que gobernaran sus sentimientos, y más sabiendo que desde hacía tiempo era una mujer libre. Ella también sentía gran afecto por Sosián, pero había jurado fidelidad a la diosa.

—No insistáis, mi buen amigo Korbis. Siento daros una negativa por respuesta, y aunque lo pensara mil días, siempre os declarararía lo mismo. No tenéis una idea esclavista y penitenciaria del mundo como otros muchos mercaderes, y por eso os admiro —defendió con vehemencia su decisión—. Pero no puedo hacerlo. Estoy atada por un voto sagrado.

—Un aliciente tan poderoso debería haceros reflexionar —la presionó Korbis de nuevo.

Berenice sonrió y le apretó los hombros.

—No porfiéis más, os lo ruego, en verdad me considero una mujer destructiva. Los que nos comunicamos con los dioses hacemos daño a nuestros seres más queridos. Sé que he doblegado el corazón de muchos hombres, pero ninguno se ha visto despechado y burlado por mí. Mi virginidad será de por vida.

Korbis admitió su derrota y asintió.

Sabía que la extranjera era una cripta de secretos. Se conformaba con ser el más devoto defensor y amigo de la valiente, hermosa, femenina y misteriosa Berenice, y le sonrió con complacencia, aunque decepcionado.

Aquella noche, primera de su libertad plena, era de plenilunio, y los tartesios, adoradores del astro de la noche, celebraban la vigilia de las Lágrimas de la Luna, la benefactora lluvia de estrellas, que proveniente de las Perseidas, surcaba la bóveda celeste acarreando bienhechores auspicios.

Era una vigilia de hechizos, de parpadeos de las estrellas, de fiestas nocturnas y de intercambio de regalos entre seres queridos, que se echaban a la calle para presenciar fervorosamente el asombroso suceso astral.

Berenice había recibido el más deseado de los presentes y su corazón se abría libre a la vida.

El aire flotaba cargado de celajes grises y escarlatas, y Berenice y Lais se preparaban a participar en ella, invitados a palacio por la reina Erguena. La sibila de Colobona se veía colmada de afectos y recibía el alto presente de la consideración y del amor de los tartesios y de su rey Argantonio y de una familia cautivadora.

Salió a la terraza sonriente. La brisa levantada en el lago Ligur transformó la templanza en un oleaje de palmerales, arbustos y cestros que llenó de frescor la casa de Korbis. Era dichosa porque se había liberado de las cadenas de la maldad y percibía el mundo según sus deseos.

«Al fin veo cumplidos mis sueños» —se dijo.

Se tenía por una mujer constante, vitalista, instintiva y rebelde, y ahora creía encontrarse en el lugar designado por su sino gracias a una rara mezcla de azar y destino: la hospitalaria Colobona.

Disfrutaba de una felicidad furtiva, casi clandestina, después de muchos años de angustia. Ya no sufría una situación frágil y peligrosa, y el amor recibido en aquella tierra compensaba todas sus penurias.

No sentía nostalgia alguna de su tierra, en ese punto sutil en el que la lejanía y la frialdad del tiempo todo lo borran. Había acabado un largo itinerario de infames embates de la vida y de amargas dudas en el corazón. Añoraba Tiro demasiado, pero en Colobona, tan exótica y tan cercana, le esperaba un prodigioso porvenir.

Una suave céfiro la envolvió con la naturaleza que la rodeaba y esbozó una sonrisa de calma, sosiego y paz.

La vida la había tratado mal, pero había rectificado. Había sido aceptada en una comunidad próspera y desprendida del fin del mundo, y providencialmente hospitalaria, a pesar de no conocer su origen y sin haber dado explicaciones acerca de quién era o de dónde procedía.

Por eso era sobradamente feliz.



JESÚS MAESO DE LA TORRE. Es escritor, conferenciante y articulista español nacido en Úbeda (Jaén), el 1 de diciembre de 1949. Conocido fundamentalmente por sus novelas históricas, algunas traducidas a varios idiomas, es considerado por la crítica como uno de los grandes creadores de este género. Es autor de novelas históricas y de ficción histórica, en la que se caracteriza por la rigurosidad hasta el detalle, y narrando los usos y costumbres de las épocas en que se desarrollan.

Estudió bachiller en los Escolapios de Sevilla, magisterio en la Escuela SAFA de su ciudad natal y posteriormente se licenció en Filosofía e Historia en la Universidad de Cádiz.

Ha ejercido como profesor en dicha provincia y simultaneado la docencia con la investigación y la divulgación histórica. Es miembro de mérito del Ateneo Científico y Artístico de Cádiz, de quien recibió en 2003 el galardón Gaditano del siglo XXI. Es precisamente en Cádiz donde reside, dedicado a la labor literaria y colaborando en diversas publicaciones culturales provinciales y nacionales, El País, Andalucía en la historia, Clío, Historia y Vida, Qué Leer, Ibiut, La Voz y El Diario de Cádiz.

Finalista del Premio Ateneo de Sevilla, en 1999, y del Alfonso XII de narrativa histórica, en 2010 cosechó el premio de Novela Histórica Caja Granada, el mejor dotado y más prestigioso de literatura hispana, con la novela *La Cúpula del Mundo*.